

La Legión de Héroes!



Emilio Sandoval
Matilde Nacher y Rosita Alba



Ediciones Bistagne

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

¡Legión de Héroes!

Magnífica producción española

Argumento y diálogos

MAURICIO HERNANDEZ

Basado en una idea de

ARTURO BUENDIA

Música: Profesor

JUAN SUÑE SINTES

Bailables

J. DURAN ALEMANY

Supervisión técnico-militar

por las AUTORIDADES MILITARES DEL SAHARA ESPAÑOL

Realización de

ARMANDO SEVILLE

y

JUAN FORTUNY

Una producción de



Distribuida por
HELIOS FILMS, S. A.

Principales intérpretes:

<i>Ricardo Sandoval</i>	Emilio Sandoval
<i>Irene</i>	Matilde Nacher
<i>Emma</i>	Rosita Alba
<i>Luis de Zárate</i>	Javier Rodil

Queda hecho el depósito que señala la Ley.

Todos los derechos reservados para el
mundo entero por Mauricio Hernández Saffa.

Barcelona (España) 1944

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

¡Legión de Héroes!

Argumento de la película

Las pesadas de los camellos, de las fuertes bestias del desierto, más acostumbradas a avanzar sobre la superficie movediza y fatigosa del mar de arena ilimitado, hincaban su dura uña en el polvo de la carretera, de aquella carretera morisca que se extendía como una franja cenicienta, alargándose lánguidamente hasta perderse de vista.

Los camelleros les aruzaban con sus látigos marchando, pies desnudos, junto a las cabalgaduras, y la pequeña caravana avanzaba sin prisa, como si la marcha no fuera por necesidad, sino por el simple capricho de caminar, caminar siempre, con esa ansia trashumante de los pobladores marroquíes.

A contradirección y en completa contraposición con la calma de camellos y camelleros, avanzaba por la carretera un automóvil conducido por mano experta, que le-

vantaba tras sí un remolino de polvo, nublado la vista y fingiendo espesa cortina que cerrara el horizonte.

Apresuráronse los camelleros a poner sus cabalgaduras fuera del alcance de aquello que debía de parecerles el monstruo de la velocidad, y, haciéndose a un lado, junto a la cuneta, dejaron vía libre al cochecillo que pasó fugaz a su lado, dejándoles envueltos en aquella espesa columna de polvo, con la que se confundían el pelo pardusco de los camellos y las chilabas de una muy dudosa limpieza de los moros que los conducían.

En el coche iban el oficial Luis de Zárate y su hermana Emma, una muchacha bella, distinguida, elegante, que no había querido abandonar a su hermano cuando éste, en cumplimiento del deber que le imponía su profesión, había se tra-

ladado de la Península a las posesiones españolas en África.

Iba Emma comiendo fruta goiosamente, refrescando con el dulce zumo la sed de su garganta reseca por el polvo y el sal y, de vez en vez, le daba a comer a su hermano un bocado para que también él pudiera refrescarse sin dejar el volante.

—Gracias, Emma—decíale él con la boca llena.

—No tienes de qué darias—replicó la muchacha mordisqueando la fruta con verdadera delectación.

Y luego, como si para ella no hubiera nada más interesante que sus propios pensamientos, dijo:

—Luis.

—Dime, querida—replicó distraídamente el oficial, que iba embebido en sus ideas y no prestaba gran atención a las palabras de su hermana.

—Tengo calor... —murmuró ella, quejosa.

—Yo también, pero pasará.

—Tengo más calor que tú.

—Es posible—replicó Luis, cada vez más distraído.

—Posible y mucha verdad—afirmó ella, malhumorada.

—Está bien. Lo siento.

—¿No lo crees?

—De ti lo creo todo, querida —

dijo Luis, que no sabía bien qué era lo que le estaba diciendo su hermana.

Emma, impacientándose, llenó la boca de su hermano con un fruto entero y le dijo, mientras soltaba una franca carcajada al ver los apuros del conductor del coche para no atragantarse:

—¡Toma!... Como premio... Otra vez me prestarás más atención...

Luis comió como pudo aquella fruta que tan abundantemente se había introducido en su boca, y Emma, después de haber guardado silencio durante uno o dos kilómetros, dijo de nuevo:

—Luis...

—Dime...

—¿Te gusta Ricardo Sandoval?

La pregunta llamó la atención de Luis, que miró a su hermana extrañado, cogió el cigarrillo que ella le ponía en los labios y se quedó en suspenso un instante, preguntando en seguida:

—¿Por qué tiene que gustarme a mí un teniente?

—¡Ah, eres imposible!... Te gustará para mí... —insistió ella, tratando de encender un fósforo para prender fuego a los cigarrillos, sin lograrlo, porque el aire del coche se los iba apagando uno tras otro.

—Ricardo Sandoval es un excelente camarada y amigo, un gran

soldado, inteligente, culto y de agradable conversación — comentó Luis en voz alta—. Te haría feliz. Pero no merece una mujer como tú.

—Le quiero — afirmó Emma, echando al aire una bocanada de humo arrancada a su cigarrillo.

—Le quieres con egoísmo y frialdad—replicó Luis que conocía perfectamente a Emma.

—¿Quieres que aquí ame sin egoísmo una mujer a un hombre? —dijo vivamente Emma—. Aquí, el hombre es casi inaccesible... Parte, lucha, ignora si volverá... Cuando le tengo a mi lado, le quiero para mí, únicamente para mí.

—Le quieres para ti sin pensar en sus deberes, en...

—El amor no piensa—interrumpió Emma con vehemencia.

—O sólo piensas en ti...

—¿Luis!—susurró Emma, dolido de la ironía de su hermano.

—Perdona, querida... es inútil que siga... No lo comprenderías... Nuestra misión está por encima de todo: del amor y de la muerte, por encima de nosotros mismos.

Terminaron el viaje en silencio. Habían llegado ya. El automóvil se detuvo ante la residencia de oficiales, y, ante la insistente llamada del taxon, Ricardo Sandoval se adelantó hasta el coche con su rostro

franco, noble, de mirada serena y preguntó a los recién llegados:

—¿Cómo ha ido el viaje? ¿Todo bien?

—Ya puedes vernos — contestó Luis, estrechando la mano de su compañero—. Más sanos y mejor que nunca. ¡Los aires de la Mancha prueban!

—¿Es que habéis llegado hasta la Mancha? — preguntó Sandoval abriendo tamaños ojos de extraneza.

Emma se echó a reír mientras saltaba ágil del coche, atendida galantemente por el simpático Sandoval, y le contestó:

—¡Qué más quisiéramos! Hemos ido hasta un mugriento pueblo a cuatro pasos de aquí, y gracias.

Los dos se miraron con una mirada intensa, y, mientras Luis marchaba hacia la puerta de la casa, Ricardo se acercó más a Emma y le dijo insinuante:

—Emma... estás más bonita que nunca, pero más seria acaso... ¿No te has divertido bastante?... ¿Te ha pasado algo?

—No... Una semana ausente... y ya he echado mucho de menos... ¡eso es todo!

—Es mucho... ¡Si supieras! Ve... —susurró Sandoval.

Luis no le dejó terminar la fra-

se. Volvióse hacia su hermana y le dijo:

—Puedes ir en el coche a casa y dejas allí el equipaje; dentro de una hora estoy contigo. ¡Hasta ahora, Ricardo!

Saludaron Emma y Ricardo al oficial que se adentró en la residencia, y Emma, mirando a Sandoval, le preguntó, sonriéndole:

—¿Me acompañas hasta casa?

—¿Por el camino más largo? — preguntó él, subiendo al coche y sentándose junto a la muchacha—. Te advierto que es el mejor.

—¿Vas a verlo?—replicó Emma, riendo y dando toda la marcha al acelerador.

Salieron de la ciudad por la puerta del Este, dispuestos a dar un largo rodeo y entrar por la puerta contraria antes de ir a casa; aquel era el camino más largo; camino que podían haber prolongado indefinidamente si se hubieran dejado llevar por el ansia de sus deseos, porque ante ellos se extendía el horizonte sin fin de las grandes planicies africanas.

Sandoval iba hablando a Emma, pero ésta no parecía escucharle, absorta únicamente en la conducción del coche.

—Pero oye, atiende—le dijo al fin, impacientándose ante la actitud de su compañera—. ¿Cómo vas a sa-

ber de qué te hablo si no me escuchas?... Si mi abuela hubiese adoptado esta actitud con mi abuelo, estoy seguro de que yo no estaría aquí en estos momentos.

—¡Tonto!—rió Emma, complacida por la insistencia de Ricardo.

—¿Crees que soy una máquina parlante y que seguiré siéndolo?... Pues te equivocas... Desde este momento soy una tumba.

Sandoval se cruzó de brazos y cerró los labios muy apretados, dando a entender que ellos no volverían a pronunciar una palabra.

Pero un brusco frenazo del coche y una fuerte sacudida, le hicieron gritar, asustado:

—¡¡¡Eh!!!...

—Soy aprendiz de conductor — contestó Emma, volviendo a dar precipitada marcha al coche—. Si quieres llegar enterito, no molestes ni me distraigas.

Sandoval miró a la muchacha, dió vueltas a la llave de contacto y, haciendo parar el coche, le dijo, resueltamente:

—Ya que conduciendo no puedes hablar, vamos a hablar sin conducir. ¿Un cigarrillo?—le ofreció, sacando la pitillera de su bolsillo.

—Gracias. No quiero fumar.

—¿Quieres andar un poco? Te aseguro que te conviene. Tengo

muchas cosas que contarte... Plante para nuestro futuro próximo...

—¿No podías decirlo sin parar el coche?—preguntó ella, displicente.

—Te ruego que me escuches, Emma—suplicó él, poniéndose serio, y, bajando del coche, la tomó del brazo y la ayudó a apearse.

Quiso enlazarla por el talle, pero ella, con un brusco movimiento, se deshizo del amoroso lazo y dijo, ahuecándose el vestido:

—¿Me he puesto el vestido recién planchado!

Sandoval se mordió los labios para disimular su despecho o su decepción y, tras un breve silencio, caminando al lado de ella, le dijo con una extraña amargura en la voz:

—Permanecí muchos meses en el fortín, en el desierto, soportándolo todo... Dentro de unos días regreso a él... Creo que puedes desplanchar un poco...

Y la cogió por el brazo y la acercó amorosamente a sí.

Emma quiso resistirse, pero, viendo que era inútil, dejó que Sandoval la llevara así, cogida del brazo, camino adelante, para hablar de su amor y de sus planes futuros.

Caminaron en silencio, se miraron repetidas veces a los ojos: los de Sandoval tenían la luz de la sinceridad, de la franqueza, del valor;

los de Emma la fosforescencia cambiante de quien no piensa más que en sí mismo.

Ricardo Sandoval iba explicando a su amada:

—Una vez caí en una emboscada. Era en este último relevo, antes de volver aquí, y perdí entonces toda esperanza de salir con vida de ella... Estaba solo... ¡No te figuras lo que significa esto! ¡Solo entre enemigos! Los instantes más terribles de una vida se concentran para hacernos sentir con más fuerza todo su dolor.

—Eso no me lo habías dicho...—murmuró Emma, mirando con dulzura a Ricardo—. ¿Sufriste mucho?

—Ya pasó—replicó él con una mirada que se perdió en el vacío, como si quisiera ahuyentar la terrible pesadilla—. Dios me amparó entonces... y estamos juntos... Para mí tiene un doble valor: salí con vida y renaciste tú... ¿comprendes?... Te tengo a mi lado, que es cuanto desco en este mundo. Sólo ansio que sientas lo que yo siento... y me des alientos para seguir adelante, para salir triunfante de todo... ¿Lo harás, querida?

Emma, emocionada, con una emoción superficial, pasajera, pero que en aquel momento parecía honda y sincera, miró con ojos apasionados a su novio, se apoyó con más

fuerza en su brazo y se ciñó a él amorosamente, con todo el peso de su cuerpo cálido y tentador.

—¿No me arrugarás la guerra?... — preguntó él, humorístico, mientras la estrechaba sobre su corazón.

Rieron los dos y siguieron caminando.

—Ricardo—dijo Emma, poniéndose seria—, desco que me expliques algo más de... de eso que te ocurrió en el desierto...

—Ya te contaré... pero no quiero extenderme demasiado. Así tendremos motivos de hablar más veces de todo ello.

—Los tendríamos igualmente, ¿no?

—Claro que sí—afirmó él con seguridad—. Dos personas que tienen que convivir por espacio de ochenta, cien años o más, necesitan muchos temas de conversación para sostenerla tanto tiempo... Y si los temas se agotan pronto, no tardan en enmudecer y, al no tener nada que contarse, todo acabó entre ellos... Es una filosofía económica, lo sé, pero no deja de ser filosofía...

—Prefiero a Shakespeare...—dijo Emma, mirando a Ricardo con una mirada indecifrable.

—Que lo prefieras no impide que creas en mí—replicó Sandoval,

desconcertado por el tono en que Emma había pronunciado aquellas palabras.

—Y creo en ti... pero ya sabes cómo. A mi manera. Creyendo también en mí misma.

—¿Emma, no sigas! — exclamó, dolido, Sandoval—. Dentro de unos días, partimos al desierto... ¡Tres meses sin verte!... ¡No dejes que me lleve un recuerdo amargo de ti!

En aquel momento, el galope de un caballo les hizo retirarse precipitadamente a un lado del camino, pero no les dio tiempo a evitar que las salpicaduras de barro que levantaron las patas del noble bruto, al pisar un charco, les alcanzara, poniendo perdidos sus vestidos.

Emma dio un grito de coraje mal reprimido y miró con ira a la amazona que montaba el caballo y que a duras penas pudo dominarlo, logrando que se detuviera en su desenfrenada carrera.

—¿Ha visto usted lo que ha hecho?—gritó Emma en tono destemplado, dirigiéndose a la desconocida—. ¡Salpicarme de barro el vestido recién planchado!... ¡Mojarme a mí!... ¡No ponga esa cara y conteste algo!

La muchacha mora que vestía un elegante traje de amazona, que tenía unas facciones correctísimas y unos grandes ojos soñadores, miró

a la muchacha española y le repilió con perfecta calma y corrección:

—La culpa no es mía, señorita... El caballo se encabritó y no pude dominarlo.

—¿Cómo que no es suya?—siguió gritando amenazadora e impertinente, Emma—. ¿Cree acaso que he sido yo la que se ha zambullido en el charco de barro para divertirme? ¿Esto sólo cabe en una mentalidad atrasada como la suya!

—He explicado lo ocurrido y le presento mis excusas—dijo la amazona sin perder su serenidad y conservando el dominio de sus nervios—. Crea que lo siento de veras.

—¿Lo siento!... ¿Ea cuánto se le ocurre decir? ¿Yo no puedo aceptar esas palabras incoherentes! —dijo Emma cada vez en tono más ofensivo e impertinente.

La muchacha mora la miró sin altivez pero con un poco de desdén y le dijo, procurando suavizar la dureza de sus palabras:

—Señorita... veo que en Europa no educan a las personas... por lo menos a las damas... Lo siento por usted... ¿Es tan hermoso tratar bien a los semejantes!

—¿Que no estoy educada?—gritó Emma, roja de ira—. ¿Pero tú oyes esto, Ricardo? ¿Se ha insolentado conmigo!...

—Sí, querida—contestó Sandoval con calma perfecta, mirando a la desconocida con sorpresa y admiración.

—¿Y no haces nada?... ¡Déjendeme!... ¡Contéstale como merece!

—¿Para qué? —inquirió Sandoval, que no estaba dispuesto a tomar el partido de Emma, pues comprendía que sólo ella era la que había procedido mal.

—¿Te pones de su parte?—preguntó Emma, ahora pálida por la humillación que Sandoval le hacía sufrir ante aquella desconocida.

—Has hablado más de la cuenta... Otra persona te hubiera dado la lección que mereces—dijo Sandoval, mirando a Emma con una dura seriedad.

—¿Tú!...—murmuró ésta, ofendida—. ¡¡¡Tú!!!

Y sin añadir palabra, como si sobre ella pesara el más cruel de los insultos, volvió la espalda y se alejó en dirección al coche.

Quiso Sandoval retenerla e hizo instintivamente un gesto como para ir tras ella, pero la dejó marchar. Algo superior a él mismo le detenía junto a la bellísima amazona, y, encogéndose de hombros, vió como Emma se alejaba sin volver el rostro y se perdía de vista.

—Lo lamento mucho —dijo la desconocida cuando Emma estuvo

fuera del alcance de sus miradas, mientras echaba pie a tierra—. Lo lamento mucho. No esperaba una actitud así de la señorita... Ya dije que fué un accidente involuntario.

—Lo creo — contestó Sandoval convencido, porque se había dado perfecta cuenta de que la amazona no había podido dominar a tiempo su caballo.

Se quedaron en silencio un breve espacio de tiempo, y luego, Sandoval, como si se creyera en la obligación de dar explicaciones, añadió:

—Es mi novia... ¿sabe? Y tiene un carácter irascible...

—¿Se pueden querer dos personas de carácter opuesto?—preguntó la desconocida, más como si se lo preguntara a sí misma que por el afán de obtener una contestación.

—Aunque así fuese...—comenzó a decir Sandoval. Pero al escuchar el motor del automóvil que se ponía en marcha, cambió de tono y con irónica filosofía añadió:

—Compuesto... y sin novia... ¡Y lo más grave es que también me he quedado sin coche! ¡Y que Dios me libre de males peores!

La amazona dejó que una leve sonrisa se dibujara en sus labios finos y aristocráticos, y dijo al oficial:

—No puedo consentir que por mi culpa regrese solo a la ciudad... He ahuyentado su compañía y, si me permite...

—¡Oh, tendré mucho gusto en acompañarla!—se apresuró a contestar Sandoval.

Y como viera que la amazona tomaba de la brida a su caballo y se disponía a caminar, le preguntó:

—¿A pie también?

—Me gusta pasear—replicó ella con naturalidad.

Comenzaron a caminar en silencio carretera adelante. La nube de polvo que levantaba el automóvil se fué alejando, alejando en lo infinito hasta no ser más que una diminuta sombra en el horizonte.

Sandoval fué explicando sus relaciones con Emma, cómo la había conocido, cómo la había amado desde niña, cómo había visto que su carácter se iba transformando...

—Hasta hoy, le había dedicado mi vida toda—decía con vehemencia—. Luché en el desierto sólo por ella, con fe y con esperanza... Y ahora, en un momento, todo se derrumba con furia vertiginosa... A veces, el más pequeño incidente, es el que pone al descubierto la miseria de un alma...

La muchacha mora se detuvo y, como si las palabras del oficial no hubieran hecho mella en su ánimo,

le preguntó de pronto, haciendo un salto en el camino:

—¿Tiene usted un pañuelo?

—¿Pañuelo?... No es de seda... pero no tengo otro—contestó Sandoval sorprendido, mientras le entregaba el pañuelo que sacó de su bolsillo.

—No se preocupe: mejor que lo lo sea... ¡Para lo que va a servir!—rió ella, mientras se aprestaba a limpiarle las salpicaduras de barro que tenía en la guerrera y en el pantalón—. Seguramente no se las quitaré del todo, pero pasarán más inadvertidas—añadió mientras frotaba con fuerza las manchas.

Sandoval la dejó hacer y, cuando ella llevaba ya un rato frotando con ahínco, le preguntó:

—¿Todas las jóvenes de aquí son tan amables como usted?

—No lo sé... Es cosa que usted habrá podido apreciar debidamente.

—¿Lo dice por Emma?—preguntó Sandoval, interpretando mal el sentido de las palabras de su compañera.

—¡Oh!... ¡Perdone!... ¡No me fijé!—susurró, poniéndose ligeramente encarnada.

—¿En qué?—inquirió él.

—En el doble sentido de mis palabras.

—Lo aplicó usted muy bien. Emma no es muy amable... Ella no ha-

ría lo que usted está haciendo, por temor a enlodarse, a estropearse las uñas, a mancharse las manos... Usted es la primera mujer que se ha preocupado un poco de mí... por lo menos de mi guerrera...

Se miraron los dos y se echaron a reír sin saber de qué reían, mientras ella volvía a su tarea de limpiarle las manchas de barro que estaban en profusión en la guerrera.

Sandoval siguió diciendo, como si se confesara con aquella desconocida que había despertado toda su confianza:

—Emma no lo haría, estoy seguro de ello. La vanidad le llega hasta aquí—y se señaló por encima de la cabeza—y para mantenerla no le importa la suerte que corran los demás. Sólo piensa en ella. Para quedar bien con ella es preciso callar siempre, asentir a cuanto dice, no contradecirla jamás... Ya lo vió usted... Esta vez no pude reprimirme y hablé... quizá demasiado... ¡y el resultado ha sido fatal!

—¿Ya está!—exclamó la desconocida dando el último restregón en la ropa del militar. Sandoval se miró detenidamente y, presentando una manga, dijo, en broma:

—Queda aquí una salpicadura de barro, señorita.

—¡Oh, perdone!—contestó ella,

frotando nuevamente en el lugar indicado.

—Y aquí otra—añadió Sandoval que hubiera deseado que no terminara nunca.

Ella lo limpió, pero como viera que Sandoval seguía mirando curiosamente su guerrera para descubrir alguna otra pequeña salpicadura, dijo, riendo con aquella risa jugosa de sus labios frescos:

—¡Ah, no, si encuentra otra se la limpia usted!... Tome su pañuelo. Yo he terminado mi trabajo...

—...que agradezco infinitamente. Es usted el mejor asistente que he tenido en mi vida.

—¡No se burle!—rogó ella, como si le doliera el tono ligero en que Sandoval le daba las gracias.

—¡Oh, no!... No me burlo. Usted se ha portado admirablemente conmigo—afirmó Sandoval queriendo aparecer serio; pero la risa le caracoleaba por el cuerpo sin saber por qué. Le parecía que nunca había sido tan feliz como en aquellos momentos.

Siguiéron caminando por la carretera con paso lento y en silencio. Pero como si éste fuera demasiado pesado para ellos, lo interrumpieron de nuevo.

—¿Hace mucho tiempo que no ha estado en España?—le preguntó ella.

—Tres años. Tengo deseos de volver allá, de ver de nuevo sus ciudades, los rincones donde uno ha dejado los mejores recuerdos... ¿La conoce usted?

—¿España?—inquirió ella.

Y ante un signo afirmativo del oficial, siguió diciendo:

—Sí. Hace tres semanas regresé de allá... Visité todo el Norte.

—Conozco bien esas regiones. En San Sebastián nací, hace de ello muchísimos años.

—No tantos... No parece usted tan viejo, francamente.

—Mejor. Quisiera creerlo y quisiera que fuera verdad.

El caballo les obligó a detenerse. Habían llegado a un riachuelo que se desizaba precario y tímido por entre el polvo reseco de los campos.

—¡Ah!—exclamó Sandoval, arrodillándose junto al caballo—. No puedo resistir la tentación.

—En estas latitudes el agua no tiene precio—replicó ella, arrodillándose a su lado.

Sandoval bebió haciendo servir de cuenco el hueco de sus manos.

Ella se refrescó las sienes y los pulsos y el cuello y respiró muy hondo, deliciosamente, mientras exclamaba:

—¡Está riquísima!

—¡Deliciosa!... Pero... cómo, ¿no

bebe usted? —preguntó Sandoval, extrañado.

—Muy rara vez; es una buena costumbre que tenemos los nativos.

Se sentaron a descansar a la orilla de aquel riachuelo. No tenían prisa en volver. Les parecía que el tiempo se había detenido para ellos y que el mundo, y las obligaciones, y los deberes se acababan allí, donde estaban, como si todo hubiera sido creado fuera del alcance de sus posibilidades y no tuvieran nada más que hacer en toda una vida que mirarse a los ojos y leer en ellos cuanto sus almas, despiertas a una vida nueva, sentían en aquellos instantes deliciosos.

Sandoval, intrigado por la presencia de aquella mujer que le había conmovido Dios sabe qué extrañas hondas y dormidas fibras de su corazón, le dijo:

—Me figuro que llevará usted un nombre muy hermoso... No se lo había preguntado todavía... Pero debe de ser un nombre que contenga toda la poesía de las raii y una noche.

—¡Adivínelo! — exclamó ella, traviesa y coqueta.

—No podría... No creo conocer ninguno que le sienta bien.

—Voy a ser buena y darle unos detalles que le faciliten la búsqueda. Empieza por i.

—¡Por i!... Sé uno: Indiana... Pero no... Tiene algo de salvaje y no acaba de gustarme... No se llama usted así.

—No. Piense un poquitín más. Quite dos letras y acierta.

—¿Tiene cinco letras?

—Sí.

—¡Yohana!... Pero no, tampoco...

—¿Cómo lo sabe?—inquirió ella, divertida con el juego.

—Me lo figuro. Usted necesita algo más sutil, más personal.

—Además Yohana tiene seis letras.

—¿Cómo! ¿Conoce usted el inglés?—preguntó Sandoval, admirado de encontrar una persona culta en aquel apartado rincón del globo.

—Estuve dos años en América.

—Tiene usted una vasta cultura internacional.

—Siempre me gustó viajar.

—Es bonito, ciertamente, muy bonito.

—Mucho... Cuando regresé de América tuve el mayor disgusto de mi vida.

—¿Cómo! — exclamó Sandoval, poniendo un rostro compungido, creyendo que iba a escuchar una terrible tragedia de labios de la desconocida.

—Sí, sí... Traía un loro muy parlanchín y se me murió durante el

viaje — explicó ella con delicioso mohín de disgusto.

Sandoval reprimió una carcajada y replicó con burla:

—¡Caramba!... ¡Cuánto lo siento!

—No recuerdo si lloré... pero estuve muy a punto de hacerlo, eso sí. Le echamos al mar con todos los honores... con coronas de flores...

—¡Ah, debió de ser un acto muy impresionante!

—¡Aunque se burle!... ¡Todavía revive en mí!—suspiró ella, sin tomar la cosa demasiado en serio.

—Bien... pero... ¿su nombre? — interrumpió él, impacientándose al ver que la conversación cambiaba de rumbo.

—¡Ah, mi nombre sigue en la incógnita!

—Es usted mala... reconózcalo...

—De acuerdo. Pero basta. No quiero que se lleve un mal recuerdo de mí. Me llamo... Irene. ¿Qué le parece?

—¡Encantador!... De veras lo es... ¡Irene! — susurró él como si aquel nombre fuera dicho por primera vez por labios humanos y contuviera todas las armonías del universo.

—Sí, Irene... Ya ve que no tiene nada de particular... ni de oriental.

—Es delicioso... ¿Quiere un cigarrillo?—preguntó Sandoval, ofre-

ciendo a Irene su pitillera a tiempo que se habían puesto en marcha de nuevo.

—Muchas gracias, no fumo. Pero no impido que usted fume—se apresuró a decir al ver que él iba a guardar de nuevo la pitillera—. Encienda su cigarrillo y fume... el aroma sí me gusta.

—Gracias—contestó Ricardo, poniéndose en la boca un cigarrillo, y, cuando iba a encenderlo, ella le tomó el fósforo de la mano diciéndole:

—Permítame... Siempre me ha gustado encender los cigarrillos de los demás... Será tontería, pero es una vieja costumbre que adquirí con mi padre.

—Gracias, Irene.

Lanzó al aire unas bocanadas de humo, que Irene saboreó aspirándolo, y caminaron en silencio, como si sus corazones no necesitaran ya de palabras para comprenderse en el mudo silencio de las almas.

De pronto, Sandoval consultó su reloj y lanzó una exclamación vehemente:

—¡Caramba!...

—¿Qué ocurre?

—El coronel me esperaba a las doce... Es muy tarde... Lo siento, porque la conversación es agradable y porque tendrá que regresar sola...

—Estoy acostumbrada, y esto es lo de menos. Le prestaré mi caballo para que llegue a tiempo.

—¡Oh, no, gracias!... Llegaré igualmente. No faltaría más...

—Se lo ofrezco de buen grado —insistió Irene—. Y le ruego que lo acepte. Ya sabe que no le queda otra solución si quiere llegar puntual. A pie tiene cerca de una hora. Tome mi caballo...

—¿Y usted? —preguntó Sandoval, dudando ya en aceptar la generosa oferta.

—Yo regresaré tranquilamente... Me gusta mucho andar.

—¡Nunca me perdonaré todas las molestias que le ocasiono!

—Ninguna, se lo aseguro... Lo hago con mucho gusto.

—Gracias... Irene... lo recordaré...

Sandoval saltó ágilmente sobre el caballo, que dió unas vueltas, encabritándose, y el oficial se volvió a Irene para preguntarle:

—¿Y el caballo?

—Tráigalo aquí mismo mañana a esta misma hora... Atelo a un árbol... Mandaré a recogerlo.

—¿Cómo!... ¿Y usted?...

—Voy a Tánger y no regresaré hasta la noche.

—¡Ah!... Entonces prefiero esperar a pasado mañana. A las once en punto estaré aquí. ¡Adiós!... ¡Repito, mil gracias!...

El caballo, espoleado por el caballero, emprendió veloz carrera y dejó a Irene en medio del camino, mirando con los ojos llenos de nostalgia la silueta del oficial que se perdía a lo lejos envuelta en una nube de polvo y oro: polvo del camino iluminado por el oro del sol del mediodía.

...

Llegó casi sin aliento al despacho del coronel. Se cuadró militarmente y dijo con la respiración entrecortada:

—A la orden, mi coronel.

—Buenos días, Sandoval—replicó éste, estrechándole la mano, con franca camaradería—. Viene usted jadeante.

—Sí, mi coronel.

—Comprendo —dijo el coronel, después de haber consultado su reloj y de haber sonreído comprensivamente—. Siéntese, por favor.

—Gracias —murmuró Sandoval, aceptando el asiento que se le ofrecía.

El coronel sentóse a su vez ante la mesa de su despacho, dejó pasar

un breve espacio de tiempo y dijo, mirando fijamente a Sandoval:

—Seguramente ignorará usted por qué le he citado.

—No lo sé, mi coronel.

—Usted conocerá, sin duda, la existencia de la policía indígena. Dicho servicio ha sido implantado con éxito en algunas regiones del Norte, y he recibido instrucciones para organizarlo en el Sur, entre las tribus que ocupan todo el desierto fronterizo. Para llevar a cabo tal organización he decidido que el primer designado sea usted... Confío no sólo en su disciplina, sino también en su amistad.

—Gracias, mi coronel... Es para mí un gran honor... aunque no creo ser merecedor de tal distinción.

—Usted es una de las personas más indicadas para tal cometido, Sandoval. Durante cinco años ha cumplido admirablemente todos los servicios que le he encomendado. Su tenacidad y su valor me hacen suponer que obtendrá un nuevo éxito en las empresas que llevamos a cabo en esta tierra difícil de gobernar y sobre todo difícil de dominar.

—Pondré de mi parte cuanto pueda para que así sea, mi coronel —afirmó Sandoval, al que no se le escapaban ni las dificultades ni los peligros de la misión que se le con-

fiaba y que, como soldado y como español, le llenaba de orgullo.

—Lo sé, Sandoval. Pero debo advertirle—siguió diciendo el coronel, que sentía una verdadera predilección por aquel muchacho, forjado en la disciplina del ejército y en el amor a la Patria—que no se trata de una misión fácil. Numerosos oficiales que la asumieron con anterioridad, sucumbieron en manos de las turbas insumisas. Otros fracasaron ante la violenta resistencia de los nativos. Algunos han triunfado y, gracias a ellos, el dominio de España sobre estas tierras se extiende rápidamente por el Norte. En el Sur, hay que conseguir lo mismo, cueste lo que cueste.

—¿Cuándo hay que partir? —preguntó Sandoval, por todo comentario a aquella arenga que le hacía su coronel.

—Dentro de seis días—contestó éste después de haber consultado su libro de notas—. Deberá llevar a cabo la misión usted solo.

—¿No hay otra solución?—interrogó Sandoval, recordando la emboscada en que había caído y de la que lo que con más horror recordaba era el haberse visto solo, completamente solo entre las turbas enemigas.

—No la hay—dijo el coronel con

energía—. Así pasará más inadvertido.

—Está bien. Me acostumbraré a la soledad.

—Las instrucciones son las siguientes: infiltrarse entre las tribus insumisas, convertir a sus jefes y, a través de éstos, someter a su gente. Allí, faltos como están de toda mano civilizada, asumirá usted varios cargos: gobernador y conductor de todos los poblados indígenas; juez, médico, misionero... Como ve, la tarea es ardua y profunda, y debe realizarse discreta y silenciosamente. Si fuera descubierto, podría ser fatal para usted. Hay que maniobrar con astucia y moverse entre esa gente con el mismo desconfiado instinto con que ellos obran.

—¡La fe guiará mis pasos!—exclamó Sandoval alzando los ojos al cielo.

—Bien, Sandoval. Irá usted con la patrulla de relevo hasta el fortín, de allí se dirige usted hacia el este, a través del desierto, hasta alcanzar la frontera...

Sandoval escuchó con recogido silencio todas las instrucciones que el coronel le dió sobre sus deberes y obligaciones en los poblados indígenas enemigos, a los que era preciso someter, o cuando menos, vigilar y, al salir del despacho

de su superior, dió un suspiro y pensó que aun le quedaban seis días de libertad y que en aquellos seis días podía hablar larga y tendidamente con Irene, con aquella muchacha conocida aquella misma mañana y que ya formaba parte integrante de su existencia, puesto que se había clavado hondo, muy hondo, en mitad de su corazón.

...

A la mañana siguiente, temprano, cuando más actividad había en el zoco, Sandoval anduvo de un lado para otro buscando algo que debía de interesarle mucho, porque no hacía caso ni de los empujones de la gente que se hacinaba ante los puestos de venta, ni de los gritos de los vendedores que ofrecían en una jergonza incomprensible la más variada y heterogénea promiscuidad de productos.

La animación era tan grande, el gentío tan compacto, la gritaría tan infernal, que Sandoval comenzaba a sentirse un poco aturdido cuando se encontró de pronto frente al puesto de un moro vendedor de pájaros. Allí se detuvo y explicó, co-

mo pudo, al moro que ofrecía la alada mercancía, que quería comprar un loro, un loro parlanchín y bonito como aquel que había muerto en alta mar y al que Irene no estaba muy segura de haber llorado, pero que sí tenía la certidumbre de que había estado a punto de hacerlo.

Después de haber hablado mucho y de haber gesticulado más, el moro desapareció en el interior de la tienda y apareció con una jaula estrafalaria, dentro de la cual había un canario.

Sandoval exclamó, indignado:

—¡Pero lo que te pido es un loro y no un canario!... ¿Lo entiendes? ¡Un loro!... ¿Quieres que te lo dibuje?

—Yo entender... yo entender... replicó el moro desapareciendo de nuevo dentro de la tienda y reapareciendo con un mono que ofreció al comprador diciéndole:

—¡Veinticinco duros!

—¿Cómo!... ¿Esto es un loro? —gritó Sandoval—. ¿No comprendes lo que quiero? ¿Tienes o no tienes loros para vender?

Pero comprendiendo que con gritos y riñas no sacaría nada, porque el moro le miraba con los ojos más inexpressivos y más idiotizados del mundo, puesto que no comprendía lo que el cristiano quería decirle, se acercó más a él y le explicó:

—Mira... no vamos a pelearnos porque no me entiendas... Presta atención a lo que voy a decirte... América es un pedazo de tierra muy grande... Allí hay de todo, incluso animales... Uno de ellos es grande así, tiene un pico de gancho muy raro y un color verde y rojo muy bonito... ¿Entiendes?

—¡¡¡Aaaaah!!!... — exclamó el moro, que pareció haber comprendido—. ¡Un momento!

Marchóse el moro y se puso a hablar y gesticular con otro compatriota, al que pronto se le unió un tercero y un cuarto y todos hablaban, gritaban y gesticulaban a un tiempo, volviéndose el primero de vez en cuando a Sandoval para decirle en su mal chapurrado español:

—Un momento... Un momento...

—Oye... que yo lo que espero es el loro—replicó Sandoval que comenzaba a impacientarse al ver que el grupo de moros iba engrosando y que nada sacaba él en limpio de todo aquel griterío que armaban.

—Un momento... Un momento...

—¿Otro momento? —gritó Sandoval, encaminándose resueltamente al grupo—. ¡Es que ya he perdido la paciencia!... ¿Qué conspiración estás tramando?

—Un momento... Un momento...

Al fin, del centro del grupo, co-

mo por arte de encantamiento, surgió la jaula con el loro deseado y, de mano en mano, llegó hasta las de Sandoval que, muy feliz y satisfecho de su gestión, cogió la jaula y se fué con ella triunfalmente, como si llevara el más alto emblema de la victoria.

* * *

—¿Qué es esto, Ricardo? — le preguntó Luis de Zárate que se tropezó con él en una de las intrincadas callejas del zoco.

—¿Cómo que qué es?—preguntó a su vez, extrañado, Sandoval.—¿Tampoco tú habías visto jamás un loro?

—¡Claro que sí!—rió Luis con todas sus ganas—. Por esto te pregunto dónde vas con él.

—Acabo de comprarlo.

—¿Y a santo de qué, si se puede saber?

—Para hacer un regalo, sencillamente.

—¡Conque un...! ¿Y a quién, si puedo continuar enterándome?

—La respuesta es más delicada... Mira, vamos a subir a ese carrico-

che que nos llevará hasta casa y ya hablaremos.

Pararon al coche de alquiler, dió Sandoval la dirección de su casa y, cuando ya el caballejo se había puesto en marcha, se volvió a su amigo y le dijo:

—Me permitiré hacerte una confidencia contándote algo... ¿Has hablado con Emma?

—Sí. Llegó a casa bastante alterada. Me dijo que se había disgustado contigo a causa de otra mujer; que ésta se insolentó con ella y que tú la defendiste, y no sé nada más porque se echó a llorar en mis brazos.

—¿Emma lloró? — preguntó Ricardo Sandoval favorablemente impresionado.

—Sí, y me extrañó dado su carácter. ¿Qué fué lo ocurrido?

—Lo que ella te contó. Sólo que no fué Irene, la mora, la que se insolentó, sino Emma... La increpó con crueldad y yo me puse de su parte, porque tu hermana, en eso, no tenía razón. No detallo, porque creo aún a Emma lo bastante noble para relatártelo fielmente, y de sus palabras habrás deducido que adopté la posición que debía—explicó Sandoval muy serio, queriendo convencer a su amigo, sin herirle en su cariño fraternal.

—La opinión de Emma es que

olvidante que era ella tu novia y la otra una extraña. Y, además, que podías haberle tenido mayor consideración y pensar en las consecuencias — replicó Luis que, en el fondo, daba la razón a Sandoval, pero que se creía en el deber de defender a Emma.

—Todo esto debió pensarlo ella y no yo—dijo Ricardo con duro acento—. Si algo trajo consecuencias fué su actitud y no la mía. Y te advierto que, en cierto modo, celebros lo ocurrido, porque me ha dado ocasión de conocer sus verdaderos sentimientos sin el menor artificio. Con la mujer que demostré en aquel momento, moral tan voluble, y perdona mis palabras, yo no podría convivir... No podría, porque enfrió en mí todo sentimiento leal a ella...

Quedóse Luis entristecido. Conocía a su hermana y sabía sus defectos, pero le dolía que lo que para él no eran más que deficiencias de un carácter formado con demasiado halago y mimo, fueran cosas tan trascendentales para Ricardo Sandoval.

Tras un breve silencio en el que los dos reflexionaron hondamente, Luis dijo a su amigo:

—Conoces a Emma desde la infancia y la has querido desde entonces... ¿Es posible que un moti-

vo tan nimio haya cambiado tus sentimientos hasta este punto?

—No, Luis, no es un motivo nimio el que ha obrado el cambio en mi ánimo. Hace tiempo que lo voy observando, y es algo muy profundo. Tú sabes que a Emma la quise siempre, desde aquella infancia que acabas de evocar... A través del tiempo y de todas las circunstancias que nos han unido pude conocerla y quererla con entera libertad, es cierto. Pero, últimamente, advertí en Emma una tendencia a manifestar su carácter absoluto y violento...

—Lo has tomado demasiado en serio. Emma te quiere, Ricardo, te es fiel...

—Nunca lo he discutido — se apresuró a afirmar Sandoval.

—Precisamente... Lo que ocurrió el sábado fué una explosión de su genio irascible y no otra cosa... después de lo cual ha vuelto a ser la muchacha de antes, la que tú conoces y la que tú quieres... Me dijo, llorando, que sentía haberte dado tal disgusto.

—¡Es la primera vez que siento algo!—suspiró Ricardo con honda amargura.

—Eres injusto, Ricardo. Emma lo olvidaría todo si tú le ofrecie-

—¿Mis excusas? — interrumpió

Sandoval— ¡Y espera esto de mí...
¡Ah, no! Yo he dado mis razones...
Podría ocurrir que ella ofreciera
sus excusas, puesto que es ella quien
ha faltado... ¡Pero ella no lo hará!
¡Qué sería de su orgullo, de su
frialdad y de su altivez?

—Ricardo... ¿te burlas? — pre-
guntó Luis, dolido de las palabras
de su amigo y no queriendo rom-
per, por ellas, la buena armonía que
siempre les había unido.

—He dicho la verdad y ya sa-
bes que nunca he hablado de otra
forma.

—Esto no impide que Emma ha-
ya reconocido su error... y desce-
rto de nuevo—insinuó Luis, que
estaba dispuesto a olvidar aquel
pequeño percance.

—Pero sí impide que yo opine
lo mismo de ella—replicó Sandoval
arrojando con furia el cigarrillo
que estaba fumando.

Se separaron un tanto disgusta-
dos los dos amigos, porque no ha-
bían podido llegar a un acuerdo
respecto a Emma. Luis encontraba
disculpa a todos los defectos de su
hermana. Ricardo veía aquellos de-
fectos agrandados por su amor de-
cepcionado, porque había creído
enamorarse de una mujer perfecta
y se encontraba ante una criatura
hecha de barro humano, con todas

las taras y defectos de una fabri-
cación mediocre.

. . .

Paseóse largo rato, contando los
pasos. Había dejado cerca de sí la
jaula con el loro que quería rega-
larle, para que la resarciera de la
pérdida de aquel que muriera a
bordo y que había sido arrojado al
mar con todos los honores. Pero,
tras una larga espera, comenzaba a
impacientarse.

Encendió un pitillo, se acercó a
la jaula y le dijo al loro, como si
hablara con una persona:

—¿Quieres fumar un cigarrillo,
amigo?

—¡Ruau!... ¡Ruuuuu! — con-
testó el animalito, dándose cuenta
de que era a él a quien se dirigían.

—Digo si quieres fumar para
entretener el aburrimiento... o los
nervios...

—¡Ruuuu!... ¡Ruuuuu! — chi-
llaba el loro, molesto por el humo
que a bocanadas le arrojaba Sando-
val dentro de la jaula.

Dió Sandoval algunos pasos más,
consultó el reloj, miró a lo lejos
por ver si la más diminuta nube

de polvo podía hacerle concebir esperanzas y, no avisando nada que le animara a seguir esperando, dijo al lorito:

—¿Que te parece si nos fuéramos? Temo que ya no vendrá. De acuerdo — añadió ante el gruñido del animalito —, espéramos un poco más.

El pájaro comenzó a agitar las alas dentro de su jaula y a colgarse del techo de la misma con grandes muestras de júbilo, y Sandoval, esbozando una sonrisa, porque le hacía gracia aquel raro pajarraco, exclamó:

—¡Díshlo! Veo que te alegras mucho. Te aseguro que si el interesado fueras tú habrías perdido ya la paciencia. Explicámelo a mí, si va a ser posible. Tengo revista a la una y tendré que dejarte aquí en prenda. ¿Qué me aconsejas?

El loro permaneció silencioso como una tumba, cabizbajo y triste. Sandoval creyó interpretar el pensamiento de su volátil compañero y añadió:

—Está bien; espéramos hasta las doce y cuarto.

Siguió su maquinal paseo arriba y abajo de un reducido espacio de terreno, como el no tuviera ante él la carretera inacabable que bordeaba y unía entre sí los diversos po-

blados africanos que se alzaban junto al desierto ilimitado.

El loro parecía seguirle con atención, mientras Sandoval fumaba pitillo tras pitillo, en creciente excitación nerviosa por aquella larga espera y por la desesperanza de que ella fuera, al fin, provechosa.

Pasado mucho tiempo—a Sandoval se le antojó que había transcurrido, por lo menos, un día entero—, volvió a consultar su reloj y dió un resoplido:

—¡Carambola! ¡Las doce y cuarto!... ¡Vas a ser tú quien me has dado mala suerte!... ¿Y qué?... ¡Pues que no ha venido!!!... De biera echarte a volar para que te coman los buitres... ¡Diablo de bicho!... Ya me dijeron una vez que los loros truen desgracias y contradicciones. ¿Que vengan a contármelo a mí!... ¡Y te meteré un petardo en la jaula!

Tomó la jaula del loro y se encaminó hacia los caballos que pacían tranquilamente unas hierbas secas que crecían al borde del camino, diciéndose, muy preocupado y sombrío:

—¿Y cuándo la veo yo ahora?... ¿No me darás ninguna solución, después de lo que me has costado? —le preguntó al loro con coraje, como si el animalito tuviera la cul-

pa de que Irene no hubiera acudido a la cita.

Ricardo Sandoval volvió a la ciudad a cumplir los deberes que le imponía su profesión y a esperar las órdenes concretas que no sabía cuándo ni cómo llegarían, pero que tenía la seguridad eran inminentes, para ponerse en marcha a cumplir la difícil misión que se le había confiado, que le llenaba de orgullo y que le hubiera inundado de alegría si, antes de partir hacia lo desconocido, hubiera podido estrechar una vez más la mano de Irene, de aquella muchacha bella y serena como un amanecer del desierto que se le había adentrado en el corazón con la misma fuerza avasalladora y pujante con que se adentra el encanto inenarrable de las arenas sin fin.

...

Aquella misma noche, Ricardo Sandoval asistió al salón de fiestas más afamado de la ciudad, donde se congregaba todo el elemento militar y civil colonizador, mezclándose en armónica unión con los mo-
ros más destacados que allí acudían

también a saborear los buenos vinos de España y a gozar del arte de las danzarinas moras que exhibían sus encantos al compás de la lánguida música oriental.

El salón ofrecía aquella noche un magnífico aspecto. Los uniformes brillantes de los militares destacaban junto al traje de etiqueta del elemento civil, y las damas, ataviadas con ricos vestidos de noche, mostraban la belleza nacarada de sus brazos y espaldas desnudas.

Ricardo Sandoval acercóse a la barra para tomar algo, y se encontró junto a Luis de Zárate, que acaso había bebido ya más de lo justo, a juzgar por el brillo de sus ojos y el torpe movimiento de su lengua que entrecortaba un tanto su conversación.

—¡Hola, Luis! — dijo Ricardo con afabilidad, olvidado por completo de la pequeña discusión que había sostenido, suscitada por la conducta de Emma—. ¿No dijiste que te irías?

—Por ahora no... Tengo que cambiar este cofiac de vasija... —replicó con torpeza—. ¿Quieres? —añadió, ofreciendo a Ricardo una copa—. Hay mucha animación esta noche.

—Sí —contestó Ricardo, distraído. Su preocupación, su seriedad, contrastaba con la desbordante alegría de Luis, a quien preguntó tras

una pausa, durante la cual lo estuvo examinando con detenimiento:

—¿Cuántas copas has tomado?

—¿Yo?... Ninguna... Bebo el coñac y las dejo—replicó Luis, sintiéndose chistoso.

—Estás muy animado.

—Todo lo contrario de ti, ¿verdad?... Pienso apurar esta botella y algunas más. La de hoy es una fiesta copiosa...

—No compliques las cosas, Luis. Recuerda que hay que salir mañana y necesitamos lucidez mental. Esto te la enturbiará.

—Está bien — replicó Luis con aire aburrido, mirando a su compañero con un poco de sorna—. Escucharé tus consejos y me moriré de aburrimiento en un rincón. Ya entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Tu flacidez de espíritu —replicó Luis, apurando una nueva copa de coñac.

Al lado de los dos militares vino a sentarse un caballero extraño, entrado en años, con un rostro exótico, de esos que se encuentran en los bares cosmopolitas de los más apartados rincones del mundo. Pidió champaña y el mozo del bar le sirvió una copa. Antes de que el extraño caballero hubiera tenido tiempo de cogerla en sus manos, una señorita, un señorita de esas

que también se encuentran en todos los bares cosmopolitas de los rincones más apartados del globo, se acercó, tomó la copa, se la bebió de un sorbo y la volvió a depositar sobre el mostrador, diciendo al extraño cliente:

—Con tu permiso, querido...

El mozo del bar volvió a llenar la copa sin dar importancia al incidente, y Luis, divertido con él, dijo a Ricardo:

—¿Ves?... Faltan las muchachas... y todo parece vacío...

—No empecemos a hablar de temas desagradables—suplicó Sandoval, que no gustaba bromear con doble intención sobre cosas que para él eran siempre serias y trascendentales.

—No puedes engañarme, Ricardo, te conozco bien... ¿Has visto a Emma?—le preguntó Luis a quemarropa, viendo que su hermana entraba en el bar y se dirigía hacia ellos.

—No—contrastó Sandoval, que no se había percatado de la presencia de la muchacha.

Luis, volviéndose al extraño caballero que estaba a su lado, e imitando a la "chica" que antes se lo había bebido la copa de champaña, cogió con el mismo aire displicente la que acababa de servirle el barman y, ofreciéndosela con elegan-

cía a Emma que llegaba hasta él, dijo al señor, que no parecía extrañarse de nada:

—Con su permiso, caballero...

Sandoval volvióse rápidamente para ver quién era la persona a la que Luis obsequiaba con el champán del desconocido, y se encontró frente a Emma que le miraba un poco tímida y otro poco avergonzada.

—¡Hola!... Buenas noches... —murmuró Ricardo Sandoval, tras el breve silencio que le había impuesto la sorpresa que le produjo la inesperada presencia de Emma.

—Buenas noches, Ricardo...

—No os presento porque ya lo hice en otra ocasión —murmuró Luis, cuyo buen humor iba creciendo.

Y, escuchando las primeras notas del baile atacado por la orquesta, exclamó:

—¡Mi baile favorito!... Con permiso...

Y corrió a buscar a su pareja, perdiéndose en el torbellino del baile.

Ricardo Sandoval y Emma quedaron frente a frente, un poco turbados los dos. Emma bebió lentamente un sorbo de champán, mirando a Ricardo con sus grandes ojos orgullosos.

Sandoval estrujó el cigarrillo que

estaba fumando contra el cenicero y dijo a Emma con galantería de hombre educado:

—¿Quieres bailar?

Emma sonrió, se apoyó en su brazo y los dos se dirigieron a la pista de baile, llevados por la cadencia de la música.

—¿Te gusta la fiesta? ¿Te diviertes? —le preguntó Sandoval después de haber dado unas cuantas vueltas en silencio, atentos únicamente al placer del baile.

—Hace unos días nada me gusta ni me divierte—replicó Emma con tristeza—. Como una nube se forman y diluyen mis ilusiones... ¿No dices nada?

—Si nada te gusta ni te divierte... poco sabor le encontrarás a mi charla—contestó Sandoval con una leve ironía.

—Me esforzaré —dijo Emma, haciéndose violencia para no contestar con más acentuada ironía a la frase de Ricardo.

—Debes preferir no probarlo—murmuró Ricardo, seco, tajante, pero sin perder su corrección.

Emma se mordió los labios. Aquel hombre podía más que ella y su orgullo se sentía herido.

—¿A qué hora partía mañana? —le preguntó, tras un breve silencio.

—Muy temprano.

—Parece que no te disgusta marcharte...

—¿Por qué tiene que disgustarme, si es una orden superior y voy a cumplir con mi deber?

—¿Mantienes la misma opinión todavía?—inquirió Emma, altanera.

—No hay motivos para que la cambie.

—Y cuando los hubo no lo hiciste...—replicó rápida y enojada la muchacha—. De nada valieron mis súplicas... Eres demasiado aventurero... Ninguna mujer te lo aprobará, como no lo apruebo yo...

—Jamás aprobaste nada de lo que hice—comentó Sandoval con amargura.

—Porque no coincidía con mi modo de pensar. Nadie puede oponerse a que yo decapruebe tu actitud.

—No hablemos de caracteres... Tuvimos ocasión de comprobar que ninguno de los dos somos perfectos.

—¿Harás que te odie!—exclamó Emma, furiosa, viendo que era inútil querer vencer aquel carácter forjado en bronce.

—No lo conseguirás... Pero tampoco conseguirás nada mejor...

—Me molesta tu sangre fría.

—¿Cuántas cosas me molestan y me las reservo!—suspiró Sandoval

con una leve sonrisa de desdén apenas perceptible.

—¿Me altera tu descortesía, y no sé por qué te soporto!—exclamó ella, cada vez más altanera—. Necesitas una dura lección para corregirte... y te la daré con mucho gusto.

Sandoval se encogió de hombros y nada replicó. Siguieron bailando en silencio unos momentos, y Emma murmuró, casi con rabia:

—¿Es mejor que no me contestes!

El baile había terminado y Sandoval acompañaba a Emma por entre la compacta multitud.

—Voy a responderte—le dijo—. Tus últimas palabras no me han satisfecho nada. Aparte de que no te hacen el menor favor, revelan en ti una persona en tal modo imposible, que obliga a tomar una decisión, y te ruego lo pienses y digas si te propones continuar así o piensas modificarte...

—¿Si es que no te interesa mi compañía ni mi vida, puedes decir tú mismo!—exclamó Emma indignada, ofendida, rencorosa—. ¡Ya encontraré quien me comprenda mejor, quien dé satisfacción a mis palabras y se avenga a tratar realmente conmigo, tal como soy!

Luis llegaba en aquel momento hasta ellos y dijo a Sandoval:

—Ricardo, el coronel te busca.

—Con tu permiso, Emma... Luis, cuidala... —replicó Ricardo, saludando cortés y friamente y alejándose por entre la multitud en dirección hacia el lugar en que se hallaba el coronel entre un grupo de militares de alta graduación.

—Ustedes perdonen —dijo Sandoval cuadrándose ante el grupo—. A la orden, mi coronel.

El coronel se apartó del grupo, se acercó a Sandoval y, llevándolo aparte, le preguntó, antes de entrar de lleno en el asunto que le interesaba:

—¿Cómo va la fiesta, Sandoval? ¿Se divierte?

—¡Me distraigo!

—Le buscaba para presentarle a S. E. Mohamed el Maimún, que desea informarse de ciertos datos para una importante labor científica. Quisiera saber si tiene usted algún inconveniente...

—Estoy siempre a sus órdenes, mi coronel —replicó Sandoval muy serio.

—Gracias; lo esperaba —dijo el coronel, que tenía puesta toda su confianza en aquel bravo muchacho—. Vendrá de un momento a otro. Entre tanto tomaremos unas copas.

Se acercaron al mostrador junto al que ahora se hallaba un presti-

digitador exhibiendo su arte de escamoteo con gran regocijo del público.

—Buenas noches, coronel —dijo el prestidigitador al ver avanzar al coronel en compañía de Sandoval—. ¿Cómo está usted?

—Perfectamente —contestó el coronel. Y añadió sonriendo, pues hacía muchos años que conocía a aquel hombre y siempre le había visto hacer los mismos juegos: Veo que sus bromas siguen de actualidad.

—Sí... y llega usted oportunamente. Présteme sus gafas un momento, por favor. Tengo trucos nuevos que le agradarán.

—¡Mucho cuidado!... ¡No tengo extras! —exclamó el coronel riendo, mientras entregaba sus gafas con un poco de recelo.

—Tranquícese, coronel. Sus gafas, para mí, son sagradas. Préstame alguno un pañuelo... Tengo mucho gusto en ofrecerles una prueba de las rarezas extraordinarias que pueden observarse en el mundo... Coloco las gafas en el centro del pañuelo... ¡Un poco de paciencia y mucha atención! —explicaba el prestidigitador mientras iba manipulando con las gafas y el pañuelo y al coronel se le iba ensombreciendo el rostro al pensar en

la suerte que correrían sus gafas en manos de aquel hombre.

—Las gafas están aquí... bien envueltas en el pañuelo... no se han ido... Vean, señores... Ahora sólo falta machacarlas fuertemente con esta botella... y ¡ya está!... Aquí ha de haber ocurrido algo grave, muy grave... ; Pero no... coronel, sus lentes están intactos, de nuevo a su disposición!—concluyó diciendo el hombre, desenvolviendo el pañuelo y entregando al coronel sus gafas.

—Es usted muy diestro—dijo el militar, dando un suspiro de alivio, pues había temido sinceramente por la suerte de sus gafas.

—¡Oh, no tiene importancia!... ¿Alguno de ustedes puede prestarme un reloj?... Usted mismo...—dijo, dirigiéndose a aquel extraño caballero que no hablaba y con el que todo el mundo se metía.

—¿De bolsillo o de pulsera?—preguntó receloso el caballero.

—No importa... El resultado será el mismo... ¡Ahora vamos a ver cómo este reloj resiste las más fuertes conmociones sin descomponerse!

Un oficial se acercó al coronel y le dijo respetuosamente:

—Mi coronel: Su Excelencia acaba de llegar.

—Está bien. ¿Quiere venir, Sandoval?

Se alejaron del bar y fueron al encuentro del distinguido moro que les esperaba.

Sandoval se quedó sorprendido al ver junto a Mohamed el Maimún a Irene, la muchacha a quien en vano había estado esperando toda la mañana en el lugar convenido para devolverle el caballo y regalarle el loro. Irene era la sobrina de Mohamed el Maimún.

El coronel saludó a Mohamed:

—Buenas noches, Excelencia. Bienvenido sea. Tengo el gusto de presentarle al teniente Ricardo Sandoval, futuro colaborador nuestro. Nuestro ilustre huésped Mohamed el Maimún—añadió, haciendo las presentaciones de rigor, mientras Sandoval no tenía ojos más que para Irene que le contemplaba con una leve sonrisa en sus finos labios.

Su Excelencia, después de haber estrechado la mano del teniente que le era presentado, presentó a su vez a los que le acompañaban:

—Mi sobrina Irene, mi hijo y mi secretario particular. El coronel Merino Sanjuán, jefe de las fuerzas de esta región; el teniente Ricardo Sandoval.

Ricardo estrechó la mano de Irene y de los caballeros que acompañaban a Mohamed el Maimún, al que dijo, después de haber cumplido con aquel deber de etiqueta:

—El coronel me ha informado de los propositos de Su Excelencia y de mi participación en los trabajos que deban realizarse. Será para mí un gran honor...

—Encontrará en Ricardo Sandoval—se apresuró a decir el coronel—un inapreciable colaborador que merece toda mi confianza.

—Perfectamente y agradecido. No deje de ir a verme y hablaremos largo de todos nuestros proyectos.

—No faltaré, Excelencia—replicó Sandoval haciendo una profunda inclinación.

El coronel se dirigió a Mohamed el Maimún diciéndole:

—En nombre de todos le agradezco infinitamente su asistencia a la fiesta en honor de los expedicionarios que van a partir, quienes no olvidarán esta atención y el acercamiento que ello supone para nuestros comunes designios.

Y así hablando, fué alejándose con él en dirección a los salones.

Sandoval, al quedarse solo ante Irene, le ofreció su brazo y le suplicó, al escuchar las primeras notas del baile que iniciaba la orquesta:

—¿Me concede el honor?

—Encantada—replicó la muchacha con dulzura, enlazándose a San-

doval y bailando con una soltura y perfección extraordinarias. Ricardo la miraba sintiéndose tan turbado, que casi no hallaba palabras para decirle. Aquella mujer había hecho honda huella en su ánimo, y ahora que, inesperadamente, la tenía enlazada entre sus brazos, saboreaba toda la dulzura del bellísimo momento.

—Irene...—susurró al fin de un largo silencio—la tengo en mis brazos... y casi no acierto a creer que sea usted misma la que está en ellos... No esperaba esto esta noche... ni nunca...

—¿De veras?—preguntó ella halagada por la emoción que vibraba en la voz del muchacho y por el brillo de sus ojos que tantas cosas le decían en el mudo lenguaje de las miradas.

—De veras, Irene... No había vuelto a verla desde el día del encuentro... Se olvidó usted de acudir a la cita.

—No estaba de regreso todavía—explicó Irene.

—¿Fué sólo por esto?—preguntó Ricardo, dudando de las palabras de la joven.

Y como Irene hiciera un leve movimiento de disgusto, añadió, disculpándose:

—Olvíde mis palabras... Lo siento...

Siguieron bailando en silencio. Ricardo tenía muchas cosas que decirle, pero parecía como si de pronto se le hubiera olvidado por completo todo su vocabulario. Sintiendo que hacía el ridículo, que se estaba comportando como un muchachito recién salido de la escuela, dijo al cabo de un buen espacio de tiempo:

—Le llevé el caballo y la estuve esperando toda la mañana... Además le llevaba un magnífico loro...

—¿Un loro?... ¿Por qué no me lo dijo?—inquirió Irene, divertida con la idea del loro.

—Era un obsequio para usted... Le oí hablar con tanto entusiasmo y sentimiento del que perdió, que me pasó seis horas en el zoco hasta que encontré uno que a mí me pareció magnífico.

—Es una delicadeza que aprecio en lo que vale... ¿Y qué hizo de él?

—Le di libertad... Me molestó esperarla tanto tiempo y... Fue un momento impetuoso...

—Debía usted dominar sus impulsos—le rió ella con ligera coquetería, fingiendo un poco de enojo.

—Parece que le ha molestado la historia del loro...

—¡Claro!... ¿Cómo voy a permanecer impassible?... Si compró usted el loro para mí, fué incorrecto sol-

tarlo. Otro lo hubiera guardado, porque, desde el momento que lo compró para mí, el loro ya no era suyo.

—No se apure... Guardé el loro... Lo conservo en su jaula intacto...—rió Ricardo, al ver que Irene tomaba en serio aquella historia.

—Entonces... ¿por qué dijo lo otro?

—No lo tome en serio... Quise gastarle una broma, para ver cómo reaccionaba usted... Lo importante—añadió poniéndose muy serio y mirándola fijamente a los ojos con una larga y amorosa mirada—es que está usted conmigo...

—¿Tan importante es para usted?—preguntó Irene devolviéndole la mirada impregnada de ternura.

—Para mí, sí... ¿y para usted?

Irene se detuvo y, por no contestar a aquella pregunta directamente, porque no quería dejar traslucir con palabras los sentimientos que le alborotaban el corazón, dijo:

—¡Uf!... ¡Qué calor tan espantoso!... ¿Quiera llevarme al bar a beber algo?

Se encaminaron hacia el bar seguidos por las miradas torvas de Emma, que los había estado observando con creciente nerviosidad todo el rato que duró el baile. Al acercarse al mostrador, Sandoval

pidió dos copas de champaña y, viendo al caballero exótico y extraño que había prestado su reloj al prestidigitador para uno de sus experimentos y que ahora contemplaba un montón de pequeñas ruinas mecánicas, le preguntó con irónica sonrisa:

—¿Qué le ha ocurrido?

—¡Le falló el truco!—replicó compungido el caballero mientras seguía contemplando las diminutas piecitas del reloj que yacían sobre el mostrador como víctimas inocentes de un malhadado juego.

Irene y Sandoval habieron con delectación el frío champaña que les sirvieron, y se miraban a los ojos y nada se decían, porque sus almas se habían comprendido y se hallaban unidas en lo infinito, más allá de las esferas terrestres, donde suelen encontrarse las almas que saben amar de verdad.

Un toque de atención les hizo volver la cabeza rápidamente y quedarse suspensos.

Se hizo en la sala un grave silencio. El coronel, desde el estrado de los músicos, se disponía a hablar al público congregado en el salón de fiestas.

—Señoras y caballeros—dijo con voz firme y potente que se dejó oír desde todos los ámbitos del amplio local—: Al encontrarnos nueva-

mente reunidos en esta despedida a nuestros compañeros de armas, debo agradecerles en nombre de todos ellos su asistencia a esta fiesta que se celebra en su honor. Es un buen recuerdo que llevan consigo y que les acompañará en las horas duras que tendrán que atravesar en su difícil misión de soldados del desierto. Parten... y luego... de los que asistieron la última vez a una fiesta semejante, muchos no han regresado ni regresarán jamás, aunque su recuerdo esté siempre presente entre nosotros... Fueron los que supieron defender con bravura nuestro pabellón desplegado en el desierto... Los que lucharon contra todos los elementos, sin vacilar, sin retroceder, seguros de que España se sentiría orgullosa de sus hijos. Así nos sentimos nosotros también. Admiramos el valor de estos héroes que nos han precedido y seguimos su ejemplo con fervor y decisión. Al partir hoy un puñado de nuestros soldados, quiero que dirijamos un recuerdo a los que fueron... y un abrazo a los que aquí están... Con honda emoción os dirijo la palabra, expedicionarios... ¡No desalleceáis España nos pide sacrificio tras sacrificio... Id siempre adelante por ella... Recordad que la vida es vuestra y podéis perderla...

pero la enseña de la Patria... ¡esa no podéis perderla jamás!... ¡Valor y buena suerte!

Aizó la copa de champaña que había dejado sobre el piano y brindó, desde allí, con todos sus soldados.

Ricardo e Irene chocaron sus copas y brindaron también con los ojos húmedos de lágrimas, porque la alocución del coronel les había emocionado, tanto más cuanto que sentían inminente el momento de la despedida, de una despedida que podía ser eterna...

Dejaron el bar y se encaminaron a la terraza en busca de mayor frescor y de un poco de soledad.

Irene se apoyó negligente en la baranda, miró al horizonte infinito cuajado de estrellas, abogó un suspiro y preguntó a su compañero con la voz empañada aún por la emoción:

—¿Siente usted a España?

—¿Con toda mi alma!... Y no porque me obligue mi profesión, no. Sencillamente, la siento. Es un sentimiento innato y hondo como el amor a nuestra madre. ¡España!... Trabajo y ludo por ella con verdadera pasión. Estoy en el ejército voluntariamente. Retirarme de él sería destruirme. Por eso estoy satisfecho de mi nuevo destino, porque sé que voy a luchar y a sufrir

por España... ¿Qué sería de España si los españoles no estuviésemos dispuestos y decididos a todo para hacerla grande y fuerte?

—Es verdad... Los negligentes y cobardes no dejan simiente ni recuerdo... —musitó Irene como si pensara en voz alta y a solas.

—Nunca oí esas palabras de labios de una mujer. Irene—le dijo Sandoval admirado del tono de convicción con que habían sido pronunciadas y asombrado ante la serenidad de aquella muchacha que pensaba y sentía como él.

—Hay pocas mujeres que opinen lo mismo... Para la mujer, en la mayoría de los casos, el amor propio está muy por encima de todos los otros grandes amores: patria, religión, familia...

—Tiene usted razón, Irene, hay pocas mujeres que piensen así... Yo no hallé nunca ninguna... hasta hoy... ¿Usted, entonces, acepta que un hombre se sienta atraído por el peligro?

—Si nació así... ¿Podría yo torcer la voluntad de la naturaleza?—preguntó Irene a su vez, mirando fijamente a Sandoval.

—Podría intentarlo, como lo intentan otras mujeres—dijo éste, para probar hasta dónde llegaba la entereza moral de la joven.



...de vez en cuando le daba a comer a su hermano...



—Ira usted con la patrulla de relevo hasta el fortín...



—¿Cuántas copas has tomado?



—¡Veo que sus bromas siguen de actualidad!



—¡Corumbá! ¿Qué le ha ocurrido?
—Le falló el truco!



Complida su misión, Sandoval divisa el fuerte



—¡Llega usted en un mal momento, Sandoval. Acabamos de dar sepultura...



Sandoval desfogaba. Sus pies se artañaban pesadamente.



—En Tu presencia me uno a ella eternamente!



Al crepúsculo, la caravana, siguiendo la marcha a través del desierto...



—Fase a las precauciones, han seguido los sobornos.



—Escasos valen los hombres y establece una estrecha vigilancia entre los askaris.



—¡Gasi!
—Merodeadores de desierto!



... procuraba disimular sus sufrimientos...



—¿Dónde está el fortín?

—Muy cerca, Reposo, las tropas ya llegaron.



— la Medalla Militar por Méritos de Guerra.

—¡Eso nunca! Sería sacrilego— exclamó con vehemencia Irene.

—¿Lo cree así, Irene?

—Soy cristiana desde que nací y aprendí a respetar la voluntad, los hechos y las palabras de los demás como mi propia vida... Antes de oponerme al anhelo del hombre, cuando es tan noble y tan alto como el amor a la Patria, si él adora esta vida, mi deber sería darle alientos y confianza en ella para que llegara hasta el fin de sus más altas aspiraciones.

Sandoval calló un momento y se quedó pensativo. Pensaba en Emma, en aquella Emma que siempre le había aruzado para que abandonara su carrera militar, para que volviera a la Península y llevar en ella la vida tranquila, mediocre, del buen burgués que de nada se preocupa y por nada se interesa como no sea su propio bienestar. ¡Cuán distintas eran aquellas dos mujeres que se habían cruzado en su camino!

—¿Usted cree posible que dos personas de sentimientos opuestos puedan vivir unidas? — preguntó Sandoval, siguiendo el hilo de sus pensamientos y queriendo hallar una respuesta exacta a la duda que desde hacía tiempo le atormentaba.

—¿Aquí?... Sí— afirmó Irene sin vacilaciones—. Y la mujer, como

más dócil, debe acomodarse a la vida de él y abdicar en todas sus empresas, por arriesgadas que sean.

—¿Y si no pudieran entenderse? — insistió Sandoval.

—O un esfuerzo supremo para lograrlo... o separarse—replicó Irene—. Si ella le ama de veras, hará el esfuerzo—añadió, acordándose de la novia de Sandoval, de aquella muchacha impertinente que casi la había insultado por un hecho ajeno por completo a su voluntad.

—¿Lo haría usted, Irene?— preguntó Ricardo en voz baja y con un leve temblor de emoción.

—Si le amara, ¿por qué no?— replicó la joven mirando con una mirada noble y franca a su interlocutor—. En mí el esfuerzo no sería tan... gigantesco. Por la felicidad del hombre a quien amara, le daría todo... sin esforzarme... modificándome...

—Irene... ¿usted comprende que Emma no piensa así? — preguntó Sandoval que, sin saber por qué, sentía una confianza ilimitada en aquella muchacha a la que apenas conocía.

—Dios no hizo dos personas iguales—replicó Irene con un deje de nostalgia.

—Sin embargo usted y yo pensamos igual.

—Una excepción.

—O una coincidencia, Irene... El le ha puesto en mi camino... o a mí en el suyo... para que nos encontremos... No en vano se han cruzado nuestras vidas... Lo presentí desde el primer momento...

—No diga, Sandoval... Tiene usted a su novia que le quiere. ¿Por qué Dios ha de querer interponerme entre ustedes? ¿No comprende que sería terrible para mí?

—Irene...—susurró Ricardo acercándose más a la joven—¿la disgustaría a usted que yo hubiera encontrado mi buena estrella, el ángel protector que me acompañara desde lejos en mis expediciones, y me besara con cristiana devoción... siempre?

—¿Y Emma?—preguntó Irene casi sin voz, con una emoción incontenible, sintiendo que el amor la vencía y que ya no era dueña de sí, porque Sandoval se había apoderado por entero de su ser.

—Ella aborrece todo cuanto sea disciplina y servicio... Nuestras voluntades eran opuestas y se anulaban... Pudo doblegarne, y su orgullo lo impidió... Es incapaz de tener esta fe y esa confianza sublime que tú tienes, Irene...

En un ímpetu de juventud y de amor la estrechó en sus brazos en un abrazo casto y apasionado al mismo tiempo.

—Irene, mi vida...—siguió diciendo, mirándola hondamente como si quisiera penetrar hasta lo más íntimo de su alma—. Marcharé confortado, seguro de mí mismo, más fuerte que nunca, porque no marcharé solo, pues tu recuerdo vendrá conmigo a todas horas... Estaré ausente... pero junto a ti. Nada puede separarnos... esta será la frase que me acompañará... Será también la tuya...

—Velaré tu sueño todas las noches...—replicó ella como hipnotizada por las palabras de él, como subyugada por el encanto de la hora, por el desierto sin fin que se extendía ante ellos y al que Sandoval debía lanzarse valientemente, en cumplimiento de su sagrada misión—. Todas las noches te rezaré una oración, para que Dios te acompañe y te guíe... Y esperaré tu llegada como se espera un amanecer: sólo para descubrir algo bello y mejor...

Sandoval la tenía enlazada por la cintura y, transportado por la voz de Irene, como si hablara desde la lejanía infinita de las arenas insondables, le dijo:

—Todos los días, durante el crepúsculo, observaré el astro poniente hasta su desaparición. Tras de él, te contemplaré unos momentos y te diré cuanto siento... Haz lo

mismo desde aquí... En aquella hora tan bella y tan dulce del atardecer, lanza al viento tu oración. La escucharé como la música más sublime... y te repetiré luego, cada día, como ahora y como siempre... que te quiero, Irene, que te quiero con todas las ansias de mi ser...

Los expedicionarios partieron. Toda la población salió a despedirlos y los soldados, montados sobre la enorme giba de las catálgaduras, sonreían dichosos, como si marcharan hacia un paraíso de gloria y no hacia un infierno de penalidades. Marchaban contentos porque marchaban a servir a su Patria.

Los nativos les aclamaban y se acercaban a ellos para entregarles cigarros, gallinas, flores, cuanto tenían en sus pobres casas, como un símbolo de amor y de gratitud a aquellos que iban a luchar para pacificar el interior del país y llevar hasta las tribus nómadas y semisalvajes del desierto el consuelo de la civilización.

Al frente de la patrulla de soldados marchaban el comandante y

el teniente Sandoval. Iban en silencio, absorben los dos en sus propias ideas. El comandante, con rostro grave, como de quien conoce la responsabilidad que sobre él pesa y los peligros a los que tendrá que hacer frente con heroísmo y con serenidad de espíritu, puesto que es él el llamado a dar el ejemplo a aquellos muchachos cargados de buena voluntad, de fe y de amor, pero los que, sin el mando firme de un hombre templado y fuerte como el comandante, podrían hacerse atrás a las primeras dificultades que les surgieran en su marcha penosa por el desierto árido.

Marcharon primero por la carretera polvorienta y mal cuidada, es cierto, pero el último vestigio de civilización que verían en mucho tiempo.

Luego se adentraron en el desierto y por él caminaron, en jornadas fatigosas, durante varios días, soportando el calor implacable del sol abrasador, la sequedad de las gargantas, en las que el fino polvo de la arena se agarraba con furia, la fatiga de caminar por aquel terreno que se hundía a sus plantas, y el hambre, contenida únicamente por una sucinta comida, ya que el avituallamiento que llevaban debía ser sabiamente administrado, con el fin de evitar que cualquier sor-

prisa les obligara a permanecer más días en el desierto y encontrarse con que los víveres se habían acabado.

Los hombres seguían la marcha sin dar muestras de cansancio y mostrando una levantada moral, puesto que reían y cantaban a medida que iban avanzando, como si marcharan por senderos de rosas.

Sólo Sandoval iba preocupado en sus pensamientos. Se sentía dichoso, pero con la dicha dolorida del que ha conocido la felicidad y ha tenido que dejarla a un lado para lanzarse heroicamente al cumplimiento de un deber muy santo y muy noble, pero que nos estamota gozar intensamente de la dicha alcanzada. Ricardo Sandoval llevaba el alma plétórica de fe y de esperanza, porque se sentía acompañado por el recuerdo de Irene que ya nunca le habría de abandonar.

Aquella tarde se habían sentado a descansar. No podían resguardarse de los rigores del sol más que a la sombra que daban los camellos y allí, agazapados junto a los rumiantes, la patrulla, sudorosa, fatigada, con barbas de muchos días, reposaba de aquella jornada que era de las muy duras que habían sufrido en aquel viaje, ya que llevaban muchas horas sin haber dado con un oasis que les brindara la frescura de sus

palmeras y la sombra de sus arbustos.

—Esta es nuestra última etapa— decía el comandante a Sandoval—. Mañana divisaremos el fortín y podremos descansar tranquilamente. El viaje ha sido un poco pesado, pero así, forzando un poco la marcha, hemos podido abreviar las jornadas y llegar antes a nuestro destino.

—Le felicito, mi comandante... Mañana todos ustedes descansarán en el fortín... y mañana comenzaré yo mi verdadera jornada. Tengo orden de no detenerme ni un instante y marchar hacia el Sur. Misión especial.

—¡Hummm!— musitó el comandante, mirando a Sandoval con simpatía—. Veo que le han encomendado un asunto peligroso.

—A la vuelta le informaré ampliamente de esta misión. Sólo puedo decirle ahora que voy gustoso y contento a cumplirla y que tengo la confianza de que podré regresar muy pronto entre los míos... Estoy seguro de que mi ángel bueno me ayudará.

—¡Ya es hora de marchar!— exclamó el comandante viendo que el sol iba avanzando rápido hacia su ocaso—. ¡Enlace! Que den orden de formar.

Sonó la corneta, levantáronse rá-

pidos los soldados y, como si también ellos comprendieran la orden transmitida por el instrumento, los camellos se levantaron con su cahaza habitual haciendo bambolear la carga que portaban sobre sus enormes gilas.

Formados en fila india, por entre dunas interminables, fueron caminando lentamente hasta que a, lo lejos, la silueta imponente del fortín, recortada sobre el cielo sin nubes e inflamada por el sol de la tarde, se destacó como un punto luminoso, como una tierra de promisión, como faro de esperanza para aquel puñado de hombres que, por amor a la Patria, habían dejado hogar, familia, bienestar, todo, a cambio de aquel apartado rincón del desierto africano al que los destinos de la Madre Patria les habían llamado.

Antes de llegar al fortín, Ricardo Sandoval, después de haberse despedido del comandante, estimuló a su camello y emprendió la marcha rumbo al Sur, guiado también él por aquel faro de esperanza que llevaba encendido en su pecho y que tenía dos nombres santos: el de la Patria y el de Irene.

Passaron los días. Sandoval había llegado a los poblados árabes del interior del desierto y había intentado, hablando con los jefes y guerrilleros, induir su ánimo en el sentido de que se unieran todos y obedecieran los mandatos emanados de la zona del protectorado, para así pacificar el país y deshacerse de las tribus nómadas que todo lo asolaban con sus constantes insurrecciones y con sus traiciones tejidas por todos.

Había conseguido convencer a muchos y Sandoval, aunque sufriendo el horror de aquella vida extraña, siempre entre enemigos, siempre rodeado de gente que al menor intento podrían traicionarle, jugarle una mala partida, hacerle sufrir el martirio o matarlo de una puñalada, seguía adelante, sin desfallecer, en aquella sagrada misión que se le había impuesto y que el destino se complacía en hacer todavía más turbia y más sordida.

Ricardo Sandoval se encontró pronto con una gente atacada de una misteriosa dolencia que diezmaba rápidamente la población y que tenía atemorizados a los que aun no habían sido atacados por ella. La fiebre consumía aquellos cuerpos enjutos, ponía en los ojos la fosforescencia de la calentura, ahogaba en los pechos la respira-

ción y los que se sentían atacados del mal, se tumbaban en el suelo y se disponían a morir estoicamente, abandonados de sus semejantes que huían con horror del contagio.

Sandoval vió ante sí una nueva y más grande misión que cumplir: no podría convencer a aquella gente de la importancia de la civilización si no lograba darles el antídoto de la fiebre y, acercándose sin miedo a los enfermos, yendo de un lado a otro, les confortó con palabras, les habló de los milagros de la quinina, les prometió ir en busca del medicamento y traerlo en abundancia bastante para poder atajar aquel mal que amenazaba acabar con todos ellos.

Los jefes moros le escucharon con respeto y con unción, como a un enviado de Alá, dieron crédito a sus palabras convincentes y cálidas, tuvieron fe en él y le dejaron partir, seguros de que volvería con el maravilloso medicamento que había de atajar la espantosa epidemia.

Sandoval partió hacia el fortín. Estaba lejos, muy lejos de los suyos, pero le animaba la esperanza de salir victorioso de la empresa que se le había confiado si, volviendo con la quinina, lograba mejorar el estado de aquellos desdichados que entonces le considerarían como

a un dios y harían cuanto él les indicara.

Hizo jornadas forzadas, caminando sin descanso sobre el lomo del camello que le habían cedido. Iba vestido con una chilaba árabe. No se preocupaba de su persona. Llevaba una misión de vida o muerte: o traer la salud a las tribus diezmadas por la fiebre, o perder toda esperanza de someterlas al protectorado de España. Y esta idea era la que le sostenía y la que le alentaba cuando ya las fuerzas parecían querer abandonarle.

Tras unas semanas de marcha, Ricardo Sandoval divisó el fortín y sus labios se entreabrieron en una inefable sonrisa de júbilo que fué desvaneciéndose hasta trocarse en una mueca de dolor cuando se dió cuenta de que la bandera estaba izada a media asta. Sandoval comprendió: la epidemia debía de haber llegado hasta allí.

No se equivocaba. La fiebre hacía estragos también entre la guarnición del fortín. Antes de alcanzar sus puertas vió Ricardo una serie de cruces toscas de madera clavadas en el suelo y vió también cómo unos soldados cavaban rápidamente nuevas fosas donde enterrar a los muertos.

Bajó la cabeza con desaliento y se acercó a ellos. El cura del for-

tin rezaba el último responso a los que ya descansaban para siempre bajo la tierra recién removida y clavaba la cruz sobre sus fosas, símbolo magnífico de nuestra sacrosanta religión.

Sandoval hincó una rodilla en tierra y rezó una breve oración por sus hermanos, luego se levantó, saludó militarmente y, dirigiéndose al comandante que, de pronto, no le había reconocido, se presentó a él diciéndole:

—A sus órdenes, mi comandante.

—¿Sandoval?... ¡Sano!... —exclamó el comandante con alegría, pues muchas veces había pensado que ya no volvería ver al valeroso teniente.

—Sano y salvo, mi comandante.

—¿Todo va bien?

—Perfectamente, gracias... Pero temo que aquí no suceda lo mismo...

—Sí, Sandoval... Llega usted en un mal momento. Acabamos de dar sepultura a uno de los mejores oficiales y amigos: el capitán Celorio, víctima de las fiebres...

—¿Epidemia? —preguntó Sandoval, sintiendo un extraño miedo, no por él, sino por los que había dejado allí, al Sur, confiando en su palabra y esperando de él su salvación.

—Nos hallamos ante una grave situación. Nuestros efectivos son diezmados... Los sueros se agotan

y el equipo sanitario se muestra impotente... —murmuró el comandante con amargura, con esa honda amargura del que se encuentra ante un hecho invencible.

—¿Y cree usted que será posible atajarla...?

—El médico confía en ello... Sin embargo, estoy inquieto y decidido a buscar una solución heroica. Nada tan espantoso como ver caer uno a uno mis mejores hombres, víctimas de ese enemigo invisible, silencioso e insaciable.

—Estoy consternado, mi comandante—murmuró Sandoval con la frente vencida por un súbito desaliento—. No contaba con tan desagradables noticias. Esto modifica todos mis planes y tal vez inutilice mi labor de varios meses... Como no ignora usted, fui encargado de una delicada misión: la organización de la policía indígena en las regiones del Sur. Allí las fiebres están causando estragos. Me di a conocer a los jefes moros y, bajo la promesa de suministrarles los sueros necesarios, conquisté la voluntad de todos... Si lograra llevarles el suero, todas aquellas tribus serían nuestras incondicionalmente.

—De encontrar aquí las reservas necesarias, Sandoval, su labor hubiera sido coronada por el éxito—

replicó el comandante mientras caminaban los dos hacia el fortín.

Sandoval guardó silencio un buen espacio de tiempo y luego preguntó, como si siguiera el hilo de sus propios pensamientos:

—¿No ha pensado en ir en busca de socorros?

—Sí, varias veces, pero la seguridad del doctor en vencer la epidemia me ha hecho esperar... ¡Ah!... ¡Si pudiéramos defendernos con las armas!—suspiró el comandante haciendo un gesto de desesperada impotencia.

—Es preciso confiar en Dios, mi comandante—dijo Sandoval con serena energía, levantando sus ojos al cielo.

—De su infinita bondad lo espero todo... ¡Que bendiga y ampare a esos pobres muchachos!... ¡Están agotados!...

Habían llegado a la puerta del fortín y el comandante tenía lágrimas en la voz al hablar a Sandoval, pero viendo que el centinela de la puerta parecía como dormido, se acercó a él y le dijo con energía, con una energía que sólo una gran fuerza de voluntad y el deber de su mandato le hacían tener:

—¡Cuádrese!

Y como viera que el centinela seguiera en su misma postura, volvió a gritar:

—¡Cuádrese he dicho!... Es falta grave...

No terminó la frase. Había sacudido por el brazo al soldado y éste se había desplomado al suelo sin vida.

Con voz apagada, aterrorizado, sintiendo en el corazón todo el dolor de aquella espantosa situación en que se hallaban, el comandante murmuró:

—¡Las fiebres!...

Avanzaron hacia el patio y el comandante comenzó a pasear por él nerviosamente, en espera de que el médico viniera a darle el parte del día. Había que adoptar las pocas medidas de prevención que podían lograrse en aquel recinto, y el médico era inflexible.

Cuando el doctor apareció en la puerta el comandante corrió a él y con la voz desafgurada le preguntó:

—¿Algo nuevo?

—He hecho una transfusión... Por ahora todo va bien... Aquí está el informe de hoy. He dado la primera alta... No obstante se han presentado cinco bajas... todas graves.

—¿Y el botiquín?—inquirió el comandante con ansiedad.

—La quinina está agotada. Quedan dos cajas de suero, poco algodón y menos alcohol. A este paso... pronto todo habrá terminado... ¡No hay solución! La epidemia ha so-

brepasado mis provisiones—dijo el médico, mientras se pasaba una mano por la frente bañada en un sudor frío y palidecía de angustia.

El comandante se acercó a él, le miró aterrado y le dijo, como si quisiera infundirle ánimos, alientos, vida:

—¿Usted, doctor?... ¡Oh, no puede desfallecer!... ¡Debemos resistir hasta la llegada del relevo!... Ninguno de nosotros está ahora en condiciones de atravesar el desierto para ir en busca de socorro... Haremos un esfuerzo supremo para mantenernos durante las semanas que faltan... ¡No podemos desfallecer!... Después... después ¡será un honor morir!

El comandante sacó un cigarrillo, lo llevó a sus labios e intentó encenderlo, pero su mano temblaba con violencia y no lo logró. Fué el médico quien le prendió fuego y se apresuró a tomar el pulso del comandante que también estaba intensamente pálido y con los ojos brillantes por el fuego de la calentura.

—¡Mi comandante!—exclamó el médico, sobreponiéndose ante un caso peor que el suyo—. ¿Cómo se encuentra?

—¡Estoy bien!—replicó el comandante haciendo un esfuerzo so-

bre sí mismo—. Un poco excitado quizás...

—Mi comandante—ordenó el médico—, debe usted retirarse... ¡La fiebre se ha adueñado de usted!... ¡Venga conmigo a la enfermería!

El comandante hizo un gesto brusco y se deshizo de la mano del médico que quería acompañarle. Irguiéndose con honor, en un esfuerzo supremo de su voluntad, replicó:

—¡Me mantendré en mi puesto hasta el fin!... En aquí, de pie, o allí...—añadió, señalando la bandera—donde debo dar el ejemplo de valor y disciplina... Si yo caigo, si me doy por vencido, ¿cómo van a resistir mis hombres?... Siempre fui a la cabeza de ellos en toda lucha... y hoy...

Le sobrevino un desvanecimiento y el médico tuvo que sostenerle en sus brazos:

—¡Mi comandante!—dijo.

Y, auxiliado por otros soldados, le trasladaron a la enfermería.

...

Unas horas más tarde Ricardo Sandoval, Luis de Zárate y dos oficiales más, hablaban apasionadamente en el patio, comentando lo que debía hacerse o resolverse en aquel apurado trance del que dependía toda la vida de la guarnición.

—Para aguantar es preciso resolver... y resolver pronto—decía Sandoval—. La crisis ha empeorado y con la baja del comandante...

—Insisto en que no propongas nada. No te escucharán—afirmó uno de los oficiales.

—Comprendo la nerviosidad de todos; pero es preciso hacer algo. Sólo pido un equipo y llegaré a la guarnición en busca de socorro—afirmó Sandoval.

—O no llegarás... Existen ambas posibilidades.

—Un militar, en este caso, no debe nunca vacilar—dijo Sandoval con energía, mirando al oficial con la mirada firme del que conoce el valor del deber a cumplir—. De intentarlo y llegar, depende la vida de muchos compañeros... Si no llego, Dios se apiadará de los que quedan detrás de mí...

—Podemos partir inmediatamente. Yo iré contigo—ofreció Luis de Zárate, entusiasmado.

—Gracias, Luis... Lo esperaba de ti.

—Permitidme que yo también os acompañe—rogó un alférez.

—Aquí, en el fortín, también hacen falta hombres—contestó Sandoval—. Para esta misión, no hay que exponer muchas vidas. Luis y yo somos bastantes para traer todo el suero preciso para salvar a los enfermos.

Rápidamente se obtuvo el permiso de partida y se prepararon los camellos. En el patio, se congregó toda la guarnición para despedir a los dos voluntarios que iban a buscar el remedio para aquella terrible enfermedad que a todos les iba consumiéndola lentamente.

El médico, emocionado por el acto generoso y heroico de Ricardo Sandoval, le estrechó la mano y le dijo:

—Su noble gesto nos da nuevas fuerzas para seguir esperando... Esperaremos, confiados, su regreso, que cerrará un capítulo glorioso en la historia de este fortín. ¡Que Dios os guíe!

Todos estrecharon las manos de Ricardo y Luis y, cuando ya éstos iban a montar en sus caballos, la voz del comandante, voz débil, pero en la que vibraba aún la autoridad del mando, les hizo detenerse, enmudecer y esperar.

—¡Un momento, por favor!—había dicho el comandante.

Venía apoyado en un bastón, pálido, demacrado, hundidos los ojos en las órbitas, mortecina la mirada, todo su cuerpo demadejado por el mal que le iba consumiendo y aniquilando a pesar de su férrea voluntad de resistir hasta el fin.

El comandante alzó los ojos hasta la bandera, la bella insignia de la Patria que ondulaba movida levemente por una brisa apenas perceptible y que seguía, en señal de duelo, izada a media asta.

Todos siguieron la mirada del comandante y fijaron sus ojos en el emblema nacional. Como movidos por un resorte, se cuadraron y saludaron militarmente. Saludaban a la Patria en aquella bandera y, en aquel saludo, iba la ofrenda de sus vidas.

Fue un momento de emoción sincera y honda y los ojos de los aguerridos soldados del desierto se llenaron de lágrimas.

El comandante estrechó las manos de los dos voluntarios y les dijo con su voz opaca, pero con toda la grandeza de su noble y generoso corazón:

—¡Valor, muchachos!... ¡Y buena suerte!

Espoleados por el ansia los dos jinetes cruzaron el desierto a toda la velocidad de sus camellos.

Se detenían sólo para tomar un poco de alimento y para descansar unas breves horas cuando el sol caía de lleno sobre la arena abrasada. Luego seguían la marcha, en silencio siempre, como si las palabras fueran un estorbo para aquella marcha precipitada de la que dependía la vida de centenares de seres humanos.

Sandoval iba, como siempre, iluminado por su estrella interior, por aquella estrella en la que lucían sus dos grandes y únicos amores: el amor a la Patria y el amor a Irene que rezaba por él cada tarde, cuando el gran astro luminoso se hundía en el horizonte con resplandores de gloria.

Luis iba siguiendo la huella de aquel bravo militar que le daba siempre el ejemplo y que tantas veces lo había alentado a él, no tan aguerrido ni de tan firmes convicciones como su amigo.

Llevaban ya caminadas varias jornadas cuando, una tarde en que se habían detenido para tomar la pequeña colación de la noche, Luis, mirando a su amigo intensamente, le dijo:

—¡Ricardo!

Volvió Sandoval de su abstrac-

ción. En aquella hora del crepúsculo, siempre se quedaba mirando al astro que desaparecía en la lejanía infinita del horizonte y recordaba las frases cambiadas con Irene la víspera de su partida. En aquella misma hora, ella, desde la ciudad, le mandaba también su recuerdo y sus oraciones, y sentía Sandoval cómo su alma se fundía, en la distancia, al alma de aquella mujer que tan bien había sabido comprenderle.

—¿Decías? — preguntó Ricardo, como si despertara de un sueño.

—¿No esperas la llegada a la ciudad con verdadera expectación?

—¡Espero ya el regreso con fe y esperanza!

—¿El regreso?

—Sí... Ahora, cuando lleguemos, el coronel nos recibirá extrañado de nuestra presencia. Le expondremos los motivos que nos han hecho cruzar el desierto y él nos dará los refuerzos que necesitamos. Esto será todo.

—¿Todo?—preguntó Luis, extrañado de aquella serenidad con que Ricardo comentaba las cosas.

—Sí. Luego... luego será otra vez el desierto, la vuelta... y la acogida triunfal de los que han quedado esperando en nosotros... ¡Por llegar a tiempo de salvar a todos los que

allí sufren lo daría todo!—exclamó Sandoval con vehemente entusiasmo.

—¡Ofreces tu vida!... En estos momentos, tiene incalculable valor.

—La vida se da con gusto cuando es para salvar centenares de vidas de nuestros semejantes... Porque yo pienso en todos, en nuestros soldados, y en los otros... en los de las tribus a quienes prometí auxilio inmediato... ¡Dios sabe en qué situación estará aquella gente miserable!... ¡Dios sabe si los hallaré exterminados al regresar!... Y también ellos lo esperaban todo de mí... Cuando veo que de nuestro esfuerzo depende la felicidad y la vida de tantos seres, puedes creer que huye de mí el sueño y el cansancio... Si hubieras visto los rostros de aquellos pobres indígenas faltos de todo... Para ellos era yo un enviado del cielo... Las madres se echaban a mis pies... lloraban mostrándome a sus pequeñuelos lívidos y temblorosos... ¡El suero!... ¡El suero!... ¡Sólo el suero puede salvarlos!... Mi vida ¡qué poco valdría, qué despreciable sería si no fuese consagrada al bien!

Luis escuchó con unción las palabras de su amigo. No llegaba a comprenderle, pero lo admiraba y hubiera querido poder parecerse algo a él.

—¿Has pensado ya en todos...?
—preguntóle con admiración.

—Sí... en todos... ¡En todos los que hay que arrancar de la muerte... y en un alma exquisita que me guía!...—susurró Sandoval con los ojos fijos en el horizonte, por el que acababa de desaparecer el sol dejando tras sí toda la estela de colores vívidos y maravillosos que pintaban el firmamento con la más rica de las gamas.

No pudieron continuar tan rápidamente la marcha como Sandoval hubiera querido, porque Luis comenzó a sentirse débil, fatigado, calenturiento. Aquel desenfrenado galope por el desierto, para el muchacho, poco acostumbrado a las marchas forzadas, habían acabado con su salud no demasiado resistente. Además, la fiebre, la fiebre implacable se había apoderado de él y, aunque no era muy intensa, le hacía sufrir visiblemente, por más que él no quisiera confesarlo.

—Luis... ¿estás mejor?—le preguntaba Sandoval, mirándole con ansiedad.

—Estoy perfectamente, gracias—replicaba Luis, disimulando en cuanto le era posible su malestar y su angustia.

—Sigo creyendo que no te encuentras bien.

—Pues cree todo lo contrario. No tengo nada. Podemos reanudar la marcha.

—Como quieras... Va a ser preciso tener mucha energía, porque nos está amenazando el simún... Comienza ya a soplar el aire precursor del huracán...

Los camellos volvieron a galopar, pero Luis se sentía cada vez más débil.

El viento iba desencadenando su fuerza arrolladora. Los jinetes tenían que hacer desesperados esfuerzos para luchar contra el elemento y los remolinos de arena que se levantaban les cegaban los ojos y les secaba la garganta.

Sandoval volvió la cabeza a cada instante para mirar a su amigo, cuando vió de pronto que éste caía inerte de su cabalgadura que emprendió, desapavorida, veloz carrera hacia el interior del desierto, como si quisiera huir del huracán.

Ricardo frenó con trabajo a su camello, que mostraba la inquietud que produce en el noble bruto el viento del desierto y se acercó a su amigo gritando con angustia:

—¡Luis! ¡Luis!... ¿Qué te pasa?

Luis no respondió. Estaba desvanecido. Le abrasaban la frente y las manos. Sandoval se dió cuenta de que estaba atacado de la terrible epidemia:

—¡Fiebre!...—exclamó—. ¡Siempre la fiebre!...

Le dió a beber un poco de agua para reanimarle y le levantó la cabeza entre sus manos.

Luis abrió los ojos y le sonrió con una sonrisa de niño enfermo.

—Tranquilízate... no ha sido nada... estoy bien... ¡Llegaremos!—dijo con voz muy débil.

Pero volviéronse a cerrar sus ojos y su cabeza se inclinó, como sin vida, sobre el pecho de Ricardo.

—¡Luis!... ¡Luis!... ¡Luis!—gritó Sandoval con desesperada angustia.

La tempestad, entre tanto, seguía arreciando. Sandoval tuvo grandes dificultades para instalar a Luis junto a su camello, que se había tendido en el suelo para resistir mejor la furia del vendaval, le arropó como pudo, se quedó junto a él y esperó a que la tempestad calmara, rogando a Dios por su amigo y por todos los que, como él, sufrían el azote de la espantosa enfermedad.

Cuando el viento cesó, Sandoval levantóse, se sacudió la arena de que estaba cubierto y levantó la manta con que había tapado a Luis. Le frotó las sienes con agua de su cantimplora, le refrescó los labios, le acomodó mejor y le pasó la mano por la frente repetidas veces con suavidad y ternura, como si quisiera infundirle, con el contacto, la vida que bullía en sus venas y que parecía haber desaparecido de las suyas.

—Luis... Luis... —murmuraba Sandoval dulcemente.

Luis, sin abrir los ojos, comenzó a delirar:

—¡Emma!... ¿Dónde está?... Dile que venga... Ricardo... Emma no está aquí. Creí oírlo... Cuando la veas no le expliques lo ocurrido. Dile que estoy en el fortín... y que estoy muy bien... Se alegrará de saberlo... Ricardo... la confío en tus manos... Quedará sola y necesita quien la cuide... ¡Protégela tú!...

—¿Qué estás diciendo? —gritó Sandoval sacudiendo suavemente a su amigo, que ahora no deliraba, sino que le hablaba con una mirada seria e impresionante.

—Debes dejarme, Ricardo... Soy un estorbo para ti y tú tienes una sagrada misión que cumplir... Déjame... Acuérdate de los muchachos...

de sus vidas... que dependen de ti... Tienes que llegar... Yo esperaré...

Sandoval abrazó a Luis fuertemente, le alzó en sus brazos, y clavando su mirada en el cielo, exclamó con energía y fuerza:

—¡Llegaremos!... ¡Lo juro!...

Colocó a Luis sobre su camello, lo ató para que no se cayera y él, cogiendo de la brida al animal, comenzó a marchar penosamente sobre la arena.

Se retrasaría su viaje algunos días, pero él tenía el deber sagrado de salvar a Luis. Su vida propia nada le importaba; pero Luis había venido con él seducido por su palabra, y era él el responsable de aquella vida que a sus manos se había confiado.

Marchó lentamente, agotado, rendido, sostenido sólo por la luz de su esperanza y por la llama de su fe... ¡Patria!... ¡Irene!... Aquellas dos palabras eran su norte, su guía, su amparo. Ellas le conducirían a la meta de su viaje y le ayudarían en aquel trance penoso que estaba sufriendo.

Dos jornadas más. Sandoval desfallecía. Sus pies se arrastraban por la arena casi sin fuerza para marchar, cuando una patrulla de soldados de los que salían en avanzadilla hasta el desierto, descubrió al jinete que venía casi arrastrado por su

camello, ya que Sandoval se había asido a la cola del camello para que éste le ayudara a caminar.

Fueron en su busca y gracias a aquel providencial encuentro pudo Ricardo Sandoval llegar a la ciudad y depositar en el hospital a Luis de Zárate que venía aniquilado por la calentura.

...

—El doctor asegura salvarle— comentaba un soldado entre un grupo que se hallaba acampando en torno a una hoguera y que, enterado de la hazaña realizada por Ricardo Sandoval, se interesaba por la suerte del compañero que había traído medio muerto sobre su caballo.

—¿Le has visto?

—Sí, y mejora.

—Pero dicen que el alférez Zárate tiene aún para muchos días.

—Menos de los que creías. El suero ha dado gran resultado.

—¿Ves tú con la caravana que ha de llevar al fortín los refuerzos necesarios?

—No sé. Es probable, porque

Durán tiene destino y hay que reemplazarla. Mañana lo sabré de cierto.

—He oído rumores de que la fiebre hace allá estragos...

—A mí los tiros no me asustan, chicos... pero eso de las fiebres... *Fassaaa...* ¡cosa sería, amigos!—comenté uno que había guardado silencio hasta entonces.

—Dicen que la situación del fortín es muy precaria y como no se llegue a tiempo...

—Parecería merengues, muchachos—exclamó el bravo de la cuadrilla—. Además, la fiebre no ataca a todos.

—Bien... pero... por si acaso...

—Ahí viene el teniente Sandoval, dispuesto a partir de nuevo. ¡Ese sí que es un gran camarada! ¡Si no es por él, no salva la vida Zárate!

—¡Natural, hombre, como que es paisano mío!—exclamó con orgullo uno de los soldados.

—¡Te felicito, chico!—rieron los otros.

El grupo de soldados, todo gente joven, comenzó a cantar y a rasguear las guitarras, entonando diversas canciones regionales que comenzaba uno y coreaban todos en esa alegre y simpática camaradería de los campamentos africanos en los que, la nostalgia de la Patria, pa-

rece unir mejor a sus componentes.

Unos días después, la caravana que debía marchar hacia el fortín llevando gran cantidad de sueros y municiones, se preparaba para partir.

Los soldados cargaban los camellos y los oficiales daban las órdenes yendo de un lado a otro con incansable actividad.

—En estos camellos cargad solamente municiones y armamento.

—No perdáis tiempo.

—¿Falta mucho todavía?

—Ya queda poco.

—¿Cargaron los medicamentos y suero?

—Sí, todo está listo.

—Los bidones del agua que vayan bien llenos y herméticamente cerrados.

—A todo se provee de la mejor manera.

—Es preciso que salgan antes de la puesta del sol.

—Todo estará a punto para aquella hora.

—Aquí, junto al botiquín, el agua. Es todo esto lo más esencial para nuestros soldados.

En aquel ajetreo, en aquella harandía, en aquel ir y venir y dar órdenes y cumplir mandatos en que se agitaban todos antes de que la caravana partiera para su destino,

llegó Emma buscando a alguien con los ojos.

—¿Han visto a Ricardo Sandoval?—preguntó a un oficial, no encontrando al que buscaba.

—Un momento, por favor... Le avisaré—replicó el oficial apretándose a complacer a la bella señora que le había pedido aquel servicio.

Mientras esperaba Emma, se acercó a los camellos que estaban pacientemente sentados en el suelo dejando que cargaran sobre sus espaldas todo el peso inverosímil que ellos podían llevar sin el menor esfuerzo, cuando uno de los rumiantes, al sentir el roce del vestido de Emma, se asustó y se puso rápido de pie, amenazando con derribar a la muchacha que dió un grito y se hizo atrás precipitadamente.

—¿Te has asustado?—le preguntó Sandoval que llegaba a ella, estrechándole la mano con amista, pero sin entusiasmo.

—Ya pasó... ¿Estás completamente restablecido?

—Sí, y más fuerte que nunca.

—Me alegra verte tan bien... ¡He pasado unos días tan tristes de angustia por ti y por mi hermano!... Pero ya todo pasó... ¿Cuándo parten?—preguntó Emma, mostrando los camellos.

—Probablemente saldremos antes de que se ponga el sol.

—¿Saldremos?... ¡Cómo!... ¿Tú también vas con ellos?

—Sí, voy con ellos.

—¿Has perdido la razón, Ricardo!—exclamó Emma, sin poder contenerse.—Cruzar de nuevo el desierto después del esfuerzo que acabas de realizar... ¡es una loca imprudencia! ¿Te engañan tus fuerzas!

—No, Emma; estoy ya bien para realizar el viaje... Ya sé que tú no lo aceptas, pero debo acudir en socorro de los que allí sufren y esperan...—dijo Sandoval, acentuando mucho sus palabras.

—Pero otro puede ocupar tu puesto... Tienes derecho al reposo... Lo necesitas...—insistió Emma.

—¡Jamás lo permitiría!... No se puede descansar cuando los camaradas...

—Tus camaradas... el desierto... Siempre algo entre los dos!—suspiró Emma con desaliento.

—No, Emma; sólo se interpone entre los dos una cosa: el deber. Y el deber hay que saber cumplirlo. Gracias a ello tu hermano está a salvo—dijo Sandoval mirando fijamente a Emma.

—Nunca lo olvidaré, Ricardo. Has hecho por él más que por un hermano.

—Eres una gran muchacha, Emma, y siempre te he estimado—murmuró Sandoval.

—Entonces... ¿te quedas?—preguntó ella, esperanzada.

—No puedo... ¡Compréndelo!—replicó Ricardo con firme actitud.

A los ojos de Emma asomaron las lágrimas. No podría nunca avenirse con un hombre que pospusiera su amor al deber. Le miró largamente, en una mirada de despedida, y murmuró con voz opaca y lenta:

—Entonces... ¡Adiós!...

Y, sin darle la mano, sin volver la cabeza, se alejó de allí para que Ricardo no la viera llorar.

...

Antes de que el sol traspusiera el horizonte, la patrulla partió.

Sandoval iba al frente de ella y, formados en fila india, caminaron por la carretera polvorienta y se adentraron en el desierto, llevando con ellos la preciosa carga que tenía que devolver la salud a los enfermos y atajar de raíz el mal que estaba haciendo estragos entre la guarnición del fortín y la pobla-

ción indígena de los poblados del Sur.

Cuando llegaron a determinado lugar, Sandoval picó espuelas a su caballo y galopó en dirección a un pequeño oasis que se divisaba a lo lejos.

Allí le esperaba Irene.

Saltó Ricardo del caballo y corrió hacia su amada estrechándola amorosamente en sus brazos:

—¡Oh, Irene!... ¡Irene, querida mía!... Creí que no vendrías a mí cita—murmuró Ricardo embriagado de felicidad al contemplar el rostro querido.

—Ya ves que aquí estoy—replicó Irene sonriendo con aquella sonrisa que era una promesa de venturas sin fin.

—No podemos prolongar mucho nuestra entrevista. La patrulla está en camino y tengo que alcanzarla antes de que llegue la noche... Dentro de un mes estaré de vuelta, a tu lado... ¡para siempre!...—dijo, estrechándola de nuevo más fuertemente sobre su corazón—. ¡Cómo agradecerte estos instantes!... Ahora comprendo que no amé todavía a ninguna mujer hasta que te conocí a ti. Nunca me sentí tan confortado como me siento a tu lado. Eres algo distinto... algo muy fuerte y muy poderoso que da confian-

za en la vida y alientos para llegar a mañana...

Irene le escuchaba amorosa y recogida, pero tenía en su corazón la leve punzada de los celos, de unos celos apenas confesados y, mirándole a los ojos, le preguntó, dulcificando con su sonrisa la amargura de su pregunta:

—Y... ¿le decías eso también a Emma?

—No me hubiera escuchado ni me hubiera creído.

—Pero... ¿se lo hubieras dicho?— insistió Irene, queriendo saber.

—Olvida el pasado, Irene... no temas, ten fe en mí... Dios Todopoderoso nos conducirá a nuestro destino.

Irene recostó su cabeza en el hombro del amado y sintió que su corazón se aligeraba de la angustia que le había oprimido.

Luego sacó de su pecho una medalla y la colgó del cuello de Ricardo mientras le decía:

—Mi madre me la entregó al morir. En ella están sus mejores besos... y toda mi alma... No te separe de ella...

Sandoval la estrechó entre sus dedos y la besó con unción. Luego, a cambio de aquel obsequio, le dio una cruz que él llevaba en su pecho.

—También es un recuerdo sagra-

do...—le dijo, al entregársela—. Me libró de muchos peligros y fue guía y luz en mis noches de angustia.

Sandoval tendió la cruz a Irene y la mano de ésta, al posarse sobre la de Ricardo para coger la sagrada reliquia, quedó prisionera entre los dedos del muchacho que la retuvo, diciéndole, como si prestara un juramento:

—En Tu presencia me uno a ella eternamente...

Irene apretó con fuerza su mano contra la cruz que estaba en la mano de Sandoval, y fue como si sus almas se desposaran eternamente, en unos santos y maravillosos espasmos, ante Dios Todopoderoso, que les veía desde su trono y que en aquellos momentos se manifestaba en la belleza magnífica de un crepúsculo de oro y fuego que arrebolaba en horizonte.

Sandoval saltó sobre su caballo, le hizo girar en una elegante pirueta y picó espuelas. Era ya tiempo, porque la noche se venía encima y tenía que juntarse a la caravana antes de que las tinieblas cubrieran la tierra.

Irene le vió alejarse con una nostalgia invencible. Le hizo adiós con su pañuelo hasta que se perdió de vista en la lejanía y luego se en-

jugó los ojos, porque de ellos brotaba copioso llanto.

Cada despedida es una muerte pequeña y la separación de los que se aman es una dura prueba que impone el destino para probar el buen temple de los corazones.

Sandoval alcanzó a sus compañeros.

Hicieron el viaje, en las primeras etapas, sin tropiezo alguno, pero, pasados unos días, el capitán llamó aparte a Sandoval y le dijo en tono misterioso:

—El alférez Ortiz ha observado cosas desagradables, Sandoval.

—El agua... Lo sé.

—Hay dos depósitos perforados y ha desaparecido una caja de munición.

—Habrá que establecer discreta vigilancia. Los emboscados son listos y astutos y como llevamos tantos moros con nosotros, hay que desconfiar... Les haremos caer, si usamos de la astucia, como hacen ellos.

—He tomado ya mis precauciones—replicó el capitán, que conocía bien con quienes estaba tratando. Luego llamó en voz alta—: ¡Ortiz!

—¡A sus órdenes, mi capitán!—dijo el teniente, acercándose a su superior.

—Acérquese... Escoja a varios hombres y establezca una estrecha vigilancia entre los askaris.

—A sus órdenes.

—Correríamos grave riesgo si se repiten los sabotajes. Hay que cesar de la marcha. Y vigilar muy de cerca el convoy... No podemos encontrarnos en situación apurada, porque es preciso llegar al fortín cuanto antes mejor.

Siguieron marchando, pero, al día siguiente, Sandoval vino a decir al capitán:

—Pese a las precauciones, han seguido los sabotajes. Sólo quedan algunos depósitos íntegros, que bien administrados alcanzarán hasta el fortín.

—Mientras exista esa mano criminal... hay que temerlo todo—comentó el capitán con visible preocupación.

—Todas las precauciones humanamente posibles han sido tomadas... No puedo explicarme lo que acaba de suceder.

—Paciencia... He trazado un plan, que más tarde le explicaré. Estoy seguro de su buen resultado... Estamos a pocas jornadas del fortín y la forma metódica en que se presentan los hechos me hace presumir que no se trata de un individuo aislado.

—¿Teme usted alguna combinación con el exterior?

—Exacto... Entre nuestros askaris puede haber espías en combinación con las tribus insurrectas...

—Esto sería...

Sandoval no pudo terminar la frase, pues vino a interrumpirles un soldado que se acercó a ellos a todo galope y dijo al capitán:

—¡Mi capitán!... Un numeroso grupo se aproxima... ¡Viene del Sur!

—¡Vamos! — exclamó el capitán, haciendo dar la orden de marcha en pie de combate.

Llegados al lugar donde el soldado estaba destacado de vigía el capitán y Sandoval miraron hacia el grupo descubierto por éste.

—¡Gasís! — exclamó el capitán después de haber escudriñado con sus gemelos de campaña.

—¡Merodeadores del desierto! — murmuró Sandoval.

—Es lo que me temía... Estos bandidos están advertidos de nuestra marcha.

—Creo que vienen dispuestos a atacar.

—La ventaja está de su parte... Nos triplican en número... Hay que ponerse en guardia... ¡Vamos!... ¡Pronto!... ¡Orden de marcha!... ¡Hay que alcanzar aquel montículo para poder dominarlos!

La caravana se precipitó hacia el lugar indicado por el capitán. Fue un momento de confusión; porque los askaris no lograban hacer correr a los camellos, mientras los soldados ponían al galope sus camellos.

El capitán atendía a todos, hacía correr a su camello y daba órdenes concretas que eran cumplidas ciegamente por sus hombres.

Lograron poner en marcha a toda la caravana y los soldados, olfateando el fuego, se sentían ya animados al combate.

De uno de los camellos cayó al suelo una caja de munición. No había tiempo para volverla a cargar ni era cosa de dejarla desperdiciada en mitad de la arena. Dos soldados la recogieron y la cargaron sobre sus hombros, como la cosa más natural del mundo.

Pero los gasís, que habían visto la maniobra de la caravana que estaban acechando, pusieron también sus camellos al galope y venían en su persecución levantando oleadas de polvo y de arena.

—¡Nos alcanzan!... ¡No hay que perder tiempo!... — gritó el capitán a sus hombres.

Consiguieron llegar al pequeño montículo que dominaba la llanura y allí se hicieron fuertes.

—Emplace tres ametralladoras y

cubra la retirada—ordenó el capitán.

La tropa se dispuso en cuadro de combate. Era preciso luchar contra aquellos hombres que venían dispuestos a aniquilarlos.

Sandoval, a la cabeza de los soldados, les gritó:

—¡Preparados!... ¡Pero no disparar hasta el último instante!

Los soldados encargados de las ametralladoras se aprestaron a disparar para cuando recibieran la orden de fuego. Sandoval observaba al grupo de rebeldes del desierto que venía hacia ellos a toda velocidad. Cuando les tuvo a una distancia prudente, dió la voz:

—¡Fuego!...

Las ametralladoras vomitaron fuego y sembraron el pánico y la destrucción entre el enemigo. El suelo quedó sembrado de cadáveres y los demás se dispersaron alocadamente al sentir sobre ellos la oleada de balas que caía sobre el grupo.

—¡Alto el fuego!—gritó Sandoval— ¡Replegarse a toda prisa!

Aquel lapso de tiempo había dado lugar a que la caravana se atrincherase convenientemente en el reducto formado por el montículo.

Sandoval seguía oteando el horizonte con sus prismáticos.

—Mi capitán... reciben refuerzos

y los organizan para atacar de nuevo.

—Era de esperar. Pero me preocupa más el enemigo emboscado que el que viene de frente—contestó el capitán.

—Cierto... Mas yo creo...

—Cres bien, Sandoval... Ambos serán bien acogidos.

Estuvieron unos momentos en silencio, en espera de los acontecimientos, hasta que la voz del centinela les puso de nuevo sobre pie de guerra.

—¡El enemigo se acerca!... ¡Pronto!... ¡Pronto!...—gritó el centinela.

Efectivamente. El enemigo, desplegado en abanico, iba acercándose con precaución hacia aquel puñado de valientes que se había atrincherado en pleno desierto y cuya resistencia no parecía pudiera ser demasiado tenaz.

Arrastrándose por la arena como culebras, se iban acercando, el fusil en la mano, la mirada feroz, los rostros ennegrecidos y con la marca cruel del odio reflejada en ellos.

El capitán se acercó a los soldados que estaban al servicio de las ametralladoras y dió la orden de fuego cuando el enemigo estuvo a distancia conveniente para poder diezmarlo.

Los rebeldes dispararon sus fusiles. Ahora ya no les arredraban

las bocanadas de fuego de las ametralladoras. La primera vez les habían cogido de improviso, pero ahora venían pertrechados y dispuestos a vencer o morir. Sabían que se trataba de un buen botín y por cada del mundo lo hubieran dejado perder.

Los soldados españoles se defendían bravamente y con estoicismo. Uno de ellos iba amontonando piedras a su lado por cada rebelde que tumbaba y el montón era de un volumen bastante regular. Cada vez que su fusil dejaba fuera de combate a un enemigo, cogía una piedra y la ponía en el montón diciendo:

—¡Uno más!

Y volvía a cargar el fusil con toda tranquilidad como si estuviera al acecho y fuera matando liebres o venados.

De pronto, una de las ametralladoras emplazadas quedöse muda. Sus servidoras habían sido mortalmente heridos por el enemigo. Sandoval, de un salto, antes de que pudiera ser arrebatada por los merodeadores del desierto, se abalanzó a ella y él solo comenzó a disparar, manteniendo a distancia al enemigo que por aquel lado había amenazado con asaltarla.

Después de un largo tiroteo, el enemigo volvió a replegarse y des-

apareció, quedando a prudente distancia, no se sabía si en espera de refuerzos o recuperando fuerzas para entrar de nuevo al asalto.

—¿Cuántas bajas hay?—preguntó el capitán después de haber inspeccionado el campo y de tener la seguridad de que les quedaban algunas horas de respiro hasta que los moros volvieran a atacar.

—Dada la violencia del ataque, muy pocas—contestó Sandoval—. Entre ellas ha habido un caso extraño... Un soldado herido por la espalda.

Se dirigieron al lugar donde el médico había instalado su pequeño puesto de curas.

—¿Ha éste?—preguntó el capitán mostrando a un soldado que acababa de ser curado por el doctor.

—Sí, capitán.

—Deme los proyectiles, por favor—rogó Sandoval, examinándolos detenidamente.

—Este es un proyectil enemigo—arguyó el doctor, entregándolo a Sandoval—. Tuvo rebote... Esta bala es idéntica, pero de blanco directo... No obstante, la bala que hirió por la espalda fué ésta...

—¿Máuser?—preguntó el capitán, examinando la bala.

—Así es.

—¡No es posible que una bala nuestra!...—murmuró el capitán.

Pero Sandoval le interrumpió:

—Sí es posible, mi capitán... Piénselo...

...

Unas horas más tarde Sandoval estaba pasando grandes apuros para coser un botón en su guerrero. A su lado estaba el capitán. Y los dos se hallaban hondamente preocupados.

—¿Sabe usted coser?—preguntó Sandoval al capitán, que le miraba sonriendo ante sus apuros.

—Sí... me salgo de un apuro.

—Pues para mí el apuro está en salirse de él. ¡Me gustaría saber por qué no inventaron los botones cosidos!

—¿Quiero que se lo coser?

—No... gracias... lo dejaré así... quizá es que estoy un poco nervioso... Si sólo nos preocupara esto... y de ello dependiera nuestra salvación—murmuró Sandoval mientras se ponía la guerrera sin volver a coser el botón.

Y luego, mirando seriamente al

capitán, con los ojos iluminados por una idea fija, le dijo:

—Mi capitán, esta noche debemos intentar una salida. ¡Todavía somos fuertes!

—Creo mejor resistir. Nos quedan municiones y ánimos para hacerles frente.

—Un día se acabarán...

—Sólo las municiones—afirmó el capitán, viendo que Sandoval dejaba la frase en suspenso.

—Lo sé. Pero de nuestra rápida decisión depende la vida de muchos seres

—Por esto, precisamente, no nos expondremos en vano. Esperemos... Esta solución sería a costa de muchas bajas... y no puedo ni debo sacrificar los hambres. El cerco es con fuerzas diez veces superiores y aquí estamos en condiciones de mantenernos... En último caso...

—¡Moriremos defendiendo la bandera!—exclamó Sandoval con orgullo y valor de verdadero soldado.

El capitán permaneció en silencio unos momentos y luego, dirigiéndose a su compañero, le dijo:

—No se lo dije, Sandoval, para evitar falsas esperanzas, pero, dentro de poco, tendremos ocasión de pulverizar de una vez para siempre estas malditas turbas.

—Antes hay que destruir al ene-

migo interno... y para ello tengo un plan. Destaquemos tres jinetes con bandera blanca y veamos si el enemigo quiere parlamentar con nosotros.

—¿Y qué lograremos con ello?

—Tenga confianza en mí, capitán.

Se destacaron los tres jinetes con bandera blanca y el enemigo aceptó parlamentar con ellos, pero uno de los jinetes retrocedió para manifestar que aquellos hombres hablaban un dialecto incomprensible.

—Que vengan los askaris—ordenó el capitán.

Y cuando los portadores de los camellos estuvieron junto a ellos, Sandoval les dijo:

—Necesitamos hablar con esa gente. El que conozca su dialecto que dé un paso al frente.

Los askaris permanecieron impasibles.

—¿Nadie conoce el dialecto? Sólo queremos que esos hombres expongan sus condiciones para el caso que queramos abandonar la lucha.

Al escuchar aquellas palabras se adelantó uno de los askaris y se dirigió al grupo enviado por el mando enemigo, entablando con ellos una animada discusión que duró un cuarto de hora largo.

Pasado aquel tiempo el intérpre-

te volvió junto al capitán y explicó:

—Pidan que les sea entregado todo el armamento, municiones y cabalgaduras y abandono absoluto de esta parte del desierto.

—Ante tal alternativa desisto de negociar—replicó el capitán—. Díles que si quieren las municiones que vengan por ellas... y serán recibidos calurosamente.

El moro volvió hacia el grupo que esperaba a lo lejos. Sandoval, arrastrándose por la arena, le siguió y escuchó la conversación que entre ellos sostuvieron. Cuando los jinetes moros se hubieron alejado, levantóse de un salto, encañonó la pistola al moro que había servido de intérprete y le dijo, amenazándole:

—Hablando el dialecto de esa tribu te delataste. Has sido poco listo.

Y así, con la pistola encañonada a su espalda, hizo marchar al moro hasta conducirlo a presencia del capitán.

—¿Es éste el traidor?—preguntó el capitán.

—Sí, mi capitán. El plan surtió efecto. Comunicó en pocas palabras a esos hombres nuestra situación.

—Que le vigilen—ordenó el capitán.

Luego, volviéndose a Sandoval, añadió:

—No es probable que ataquen de nuevo; la lección anterior ha sido contundente.

—Pero nos espera un cerco inesorable—replicó Sandoval con pena, acordándose de los enfermos que esperaban en el fortín y de los otros, de los que en los poblados del Sur veían disminuir a pasos de gigante toda su población.

—Habiendo suprimido el enemigo interior, poco me importa el asedio ni su duración. Conozco a mis hombres y sé que resistirán.

En aquel momento, un griterío y unos disparos interrumpieron la conversación y los dos compañeros miraron hacia el campo para ver qué ocurría.

El moro traidor había logrado escapar y corría por el desierto haciendo locos zigzags para que no pudieran alcanzarle las balas.

—¡No disparar!—gritó Sandoval a los soldados, que le miraron llenos de sorpresa.

En aquel mismo momento, desde las líneas enemigas salió un disparo que fué a clavarse en el pecho del moro traidor que cayó al suelo mortalmente herido.

—Era su destino... — comentó Sandoval—. Bajo su propio plomo...

Como había predicho muy bien Sandoval el cerco fué cruel, feroz, despiadado. Pasaban los días y no había ni la más pequeña probabilidad de que aquellos hombres les dejaran libre el paso. Sabían que la resistencia humana tiene sus límites y ellos no tenían prisa en vencer. El tiempo se encargaría de jugar la última carta a su favor, destruyendo por hambre y sed a aquel puñado de valientes que se defendían brevemente bajo la sacrosanta insignia de la Patria.

Los soldados españoles comenzaban a sufrir los horrores del asedio. Lo que más les hacía sufrir era la sed. Los espías que se habían infiltrado en la caravana habían destruido algunos bidones de agua y ahora la poca que quedaba era repartida con usura bajo la mirada vigilante del capitán que sabía que cada gota de líquido era un inapreciable tesoro en aquellas circunstancias.

—¡Agua!... ¡No puedo resistir más!... ¡Agua, por favor, agua!... — gemía un herido.

Ricardo Sandoval, que estaba bebiendo lentamente la ración de

agua que le había correspondido, se detuvo al escuchar aquella vez plañidera, se acercó al herido, le incorporó y le dió a beber la poquísima agua que le había correspondido.

Luego se dirigió al capitán y le dijo con esa franqueza que imponen las circunstancias:

—Estos hombres no pueden continuar en tal estado, mi capitán. Los heridos agonizan y la sed les tortura... Si pudiéramos alcanzar la charca...

—Es una temeridad, Sandoval. Tres hombres han perecido en su noble intento. El enemigo acecha, y al primero que se destaca para ir en busca de agua, le acribilla a balazos...

—Sin embargo... ¡es la única manera de sobrevivir! — exclamó con impaciente vehemencia.

—¡Cálmese, Sandoval! — suplicó el capitán mirando con simpatía a aquel muchacho que era capaz de todas las heroicidades. — Vea en mí, en estos instantes, no a un jefe, sino a un amigo. Una tentativa de romper el cerco en estas condiciones es ilusoria. ¡Es necesario resistir!

—¡Los heridos no pueden más, se mueren de sed!...

—Cuando usted me ofrecía una

solución heroica, sentía sus mismas impetus... pero yo soy el responsable de la vida de todos mis hombres, y pensé que era mejor esperar...

—¡Esperar!... ¿Qué podemos esperar?... ¡La muerte lenta bajo un sol de fuego!

—Cálmese, Sandoval... Como le dije, tenía mi plan. Entre nuestras filas se ocultaba un traidor que obraba en combinación con los gais. Estos bandidos querían nuestras armas, nuestras municiones, nuestros camellos... A los primeros sabotajes comprendí el peligro que se cernía sobre nosotros y mandé, con el mayor secreto, un emisario a la guarnición...

—¡Un emisario! — exclamó Sandoval con alegría — ¡Comprendo ahora su ilimitada confianza!... Pero... ¿y si este hombre no llegase?

—Es un hombre seguro. Hará lo imposible por terminar su misión.

—¿Y si fuese capturado?

—Entonces... — movió el capitán alzando los ojos al cielo en muda súplica de auxilio.

Así continuaron. La vida en el reducto se hacía a cada hora más intolerable. Los heridos gemían pidiendo agua a todas horas y los que estaban sanos sentían crecer su sed

ante aquellas súplicas insistentes que nadie podía calmar.

—¡Agua!... ¡Dadme agua!...—gemía uno.

—¡Siempre agua!... ¡Cállate de una vez!—gritaba otro—. Cuando yo era niño me bañaba en el Tajo y cerraba la boca para no tragarla...

—¡Agua!... ¡Agua, por Dios!...

—¡Siempre la misma cantinela!... Frente a tus narices hay agua. No hay más que levantarse y alcanzar la charca... Figúrate que he soñado que esta charca estaba llena de ranas y todas chillaban como tú... Después crecía, crecía y nos ahogaba a todos... ¡Ja, ja, ja!...

Era ya la locura cercana de la muerte la que acechaba a aquellos infelices. Un moro de la caravana se acercó a los heridos y les dijo, decidido a todo:

—Moro traerá agua...

Y tomando una vasija, salió violentamente del parapeto y se lanzó al campo en zig-zags rápidos llegando sin dificultad a la charca. Se tumbó al suelo y llenó la vasija. Desde el reducto todos le contemplaban con el espanto y la admiración en los ojos.

El moro bebió primero hasta saciarse, bebió con delección y luego, con su depósito bien lleno del precioso líquido, emprendió el regreso:

Un grito de júbilo salió de todos los pechos.

—¡Ya viene!... ¡Es nuestra!... ¡Magnífico!—decían todos los labios.

El moro volvía entusiasmado, la alegría más grande se reflejaba en el rostro tostado por los soles del desierto. Un silencio profundo, silencio de angustia y de miedo se había hecho en el reduto de los españoles.

De pronto sonó un disparo seco, venido de allí, lejos, de donde se encontraban agazapados los moros rebeldes, y el moro que venía feliz con su agua, cayó al suelo sin vida.

—¡Canallas!...—murmuraron los soldados apretando los dientes con rabia.

El depósito del agua había quedado allí, en el suelo, junto al cadáver del moro. Sandoval lo miraba con ojos desorbitados. A sus oídos llegaba el quejido constante de los heridos que pedían agua. Veía la sed y el espanto marcados en todos los rostros de los soldados y, dejándose llevar por uno de sus nobles impulsos, se lanzó fuera del parapeto dispuesto a apoderarse del depósito lleno de agua que había de aliviar el sufrimiento de los que estaban agonizando.

—¡Sandoval!—gritó el capitán con la voz ahogada por la emoción.

Pero Sandoval no le oía. Iba directo a su fin. Le guiaba la luz de su estrella. Le llevaba de la mano su afán de ser útil al prójimo, de salvar la vida de sus semejantes, de hacer un bien a los que sufrían más que él. Le orientaba en aquella intrépida hazaña la sonrisa de una mujer que desde lejos, desde la ciudad, le bendecía por su valor y por la generosidad noble y grandiosa de su corazón de español y de soldado.

Sandoval consiguió llegar hasta el depósito, se apoderó de él, se fué arrastrando por la arena y parecía como si las balas que le lanzaban los enemigos un ángel bueno las fuera apartando de su camino.

Iba ya a llegar al parapeto y a saltar sobre él, cuando una bala más certera que las otras vino a clavarle en su espalda y cayó hacia atrás, con el rostro vuelto al cielo, como al buscar en él su refugio seguro.

Sus compañeros le sostuvieron en sus brazos y le llevaron hacia el interior del reducto donde acudieron rápidamente el capitán y el médico a prestarle auxilio.

La herida no parecía tener importancia, el médico extrajo la bala, lavó la herida, la vendó. Sandoval parecía tener fuerzas para resistir hasta la llegada de las tropas que venían ya a auxiliarles, las tropas de refuerzo mandadas desde la ciudad

a la que había logrado llegar el emisario del capitán.

Llegaron a tiempo para salvar a aquel grupo de héroes, para desbandar a los merodeadores del desierto, para recoger a los heridos y, colocándolos sobre las cabalgaduras, emprender con la caravana la marcha hacia el fortín donde les estaban esperando otros hombres valerosos atacados por un enemigo más terrible y más implacable que las tribus rebeldes: las fiebres que les exterminaban con certero rarpazo.

Sandoval cabalgaba junto al capitán. Estaba muy pálido y procuraba disimular sus sufrimientos. Se sentía débil, cansado, sin fuerzas para resistir más aquella marcha que le resultaba penosísima por el dolor agudo que le producía la herida.

No pudiendo aguantar más, dió un grito agudo y hubiera caído del camello si no le hubiera sostenido el capitán, que iba a su lado.

—¡Pronto, pronto, el doctor!—gritó el capitán.

Y ayudado por sus soldados, colocaron a Sandoval en el suelo, sosteniéndole él la cabeza sobre su pecho.

—¿Dónde está el fortín?...—preguntó Sandoval, casi sin voz, mirando con una mirada opaca y triste al capitán.

—¡Muy cerca!... Pero ahora... reposa. Las tropas llegan—susurró el capitán con la voz ahogada en emoción infinita.

—Gracias... Dios mío... Entregad los sueros a las tribus del Sur... y decid al coronel que su misión ha sido cumplida...

La respiración se le hizo más fatigosa. Cerró los ojos y en su rostro, en el que se reflejaba un gran dolor, se dibujó una ligera sonrisa, como si un dulce pensamiento hubiera cruzado su imaginación.

—¡Irene!...—murmuró.

Sus manos ya torpes buscaron la medalla que ella le diera el día de su despedida y de sus esponsales, y la estrechó fuertemente, entre sus dedos.

Cafía la tarde. El sol marchaba rápidamente a su ocaso. Ricardo Sandoval abrió un momento los ojos y pareció que todavía veía aquel crepúsculo esplendoroso, aquel crepúsculo en el cual su amada estaba orando por él, sin presentir que la oración de aquella tarde era como la recomendación de un alma que

emprendía el viaje hacia lo infinito.

El capitán espía el rostro en la agonía. Cuando el sol hubo llegado a su tramonto, los ojos de Sandoval se cerraron apaciblemente, sus miembros se distendieron, la mano que estrujaba con fuerza la medalla de Irene se abrió. La muerte había llegado sin sacudidas, dulcemente, como acababa de morir el sol en el horizonte...

Los restos de Ricardo de Sandoval, el héroe del desierto, fueron trasladados a la ciudad, para darles gloriosa sepultura.

Ante el armón de artillería que trasladaba el cadáver de Ricardo de Sandoval bajo los pliegues de la bandera que él había amado tanto, una alta personalidad del ejército pronunció con la voz firme, pero en la que vibraba una honda emoción, estas palabras:

"Dediquemos un recuerdo y un último saludo al que fué glorioso teniente de nuestro ejército Ricardo Sandoval de Alba. Noble, fuerte y decidido, realizó en el desierto,

con sus difíciles misiones, una labor altamente patriótica. El deber y la voluntad le condujeron a sus muchas gestas, por las cuales su nombre quedará grabado entre nosotros como algo grande y ejemplar. Su última acción ha traído, tras gigantescos esfuerzos y sufrimientos, la vida a muchos hombres y la adhesión de numerosas tribus. Este noble soldado y compañero de armas, con su bravura y tenacidad irrefrenables, en plena juventud, parte a engrosar la guardia invisible que prestan los caídos de todos los ejércitos de España, formando nuestra simbólica e inolvidable Legión de Héroes... En nombre de la Patria concedo al capitán Ricardo Sandoval de Alba la Medalla Militar por Méritos de Guerra. ¡Densanse en paz!"

Un numeroso público se hallaba presente al entierro del heroico defensor del desierto. Luis de Zárate lloraba sin recatarse la muerte del que le había salvado la vida.

Emma e Irene, unidas hoy por aquel gran dolor que las dos sufrían, olvidadas de los pequeños rencores, de las envidias, de los celos que las habían separado, se daban las manos emocionadas honda-

mente en aquellos momentos en que veían desvanecerse el ensueño de sus corazones en aquel montón de polvo que iba dentro del ataúd.

Lloraban las dos. Emma, dulcificada por el dolor. Irene, sublimada por el sufrimiento.

Irene alzó los ojos al cielo. Era la hora del crepúsculo... "su hora"... y sintió en el corazón un extraño consuelo. Apretó sobre su pecho la cruz que él le diera un día, el día de sus divinos esposales, y creyó escuchar la voz de Sandoval que desde el cielo le decía:

"¡En Tu presencia, me uní a ella eternamente!"

Sus ojos estaban anegados en llanto, pero su alma vibraba de dicha por aquellas palabras. Sabía que la dicha terrena era pasajera y fugitiva... Pero él le había dicho que se unía a ella eternamente... Y esperaba poder gozar de aquella eternidad que ya su corazón sentía como una cosa real y verdadera. Porque los grandes amores que mueven a la humanidad, los amores que habían sido el norte y guía de la vida de Sandoval, el amor a la Patria y el amor a la mujer, son, han sido y serán siempre los amores eternos e inmortales que sublimizan al hombre.

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE

Obs. Pedro Parra

II 196

057PRN

Ediciones especiales : Producción Nacional

